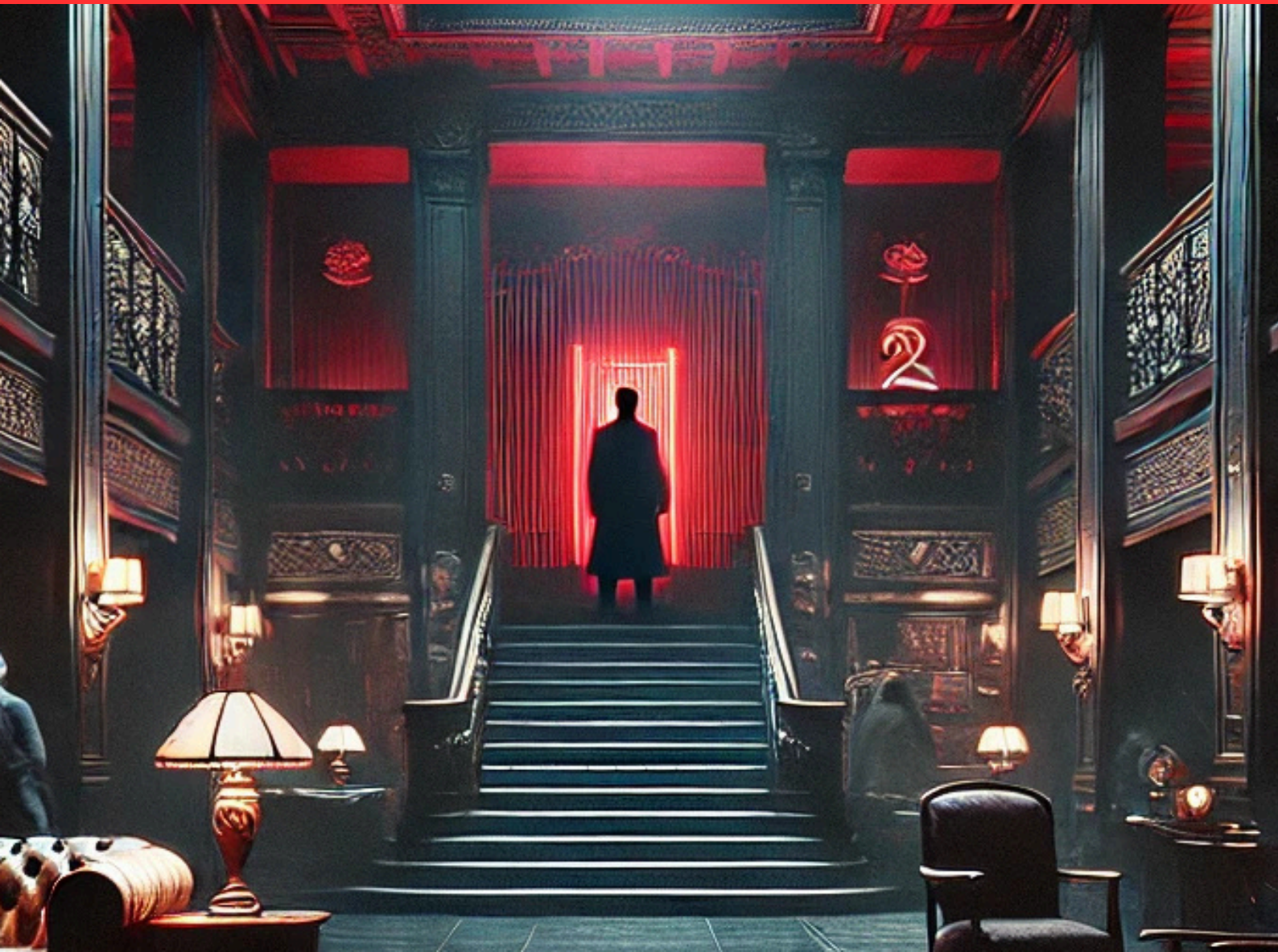


LASDAOALPLAY presenta

EL RETORNO DEL
REPONEDOR



Colorado Springs, 28 de octubre de 1988 — Tras la aparición de dos chicas heridas en la comisaría de policía, se han descubierto los cuerpos de cinco jóvenes en el interior del centro comercial Crystal Mall. Según las fuentes oficiales, el grupo de jóvenes se había colado al interior del lugar para organizar una fiesta y un sospechoso, aún por identificar, los asesinó uno por uno. Si las palabras de las supervivientes son ciertas, fueron ellas las que detuvieron al asesino, quemándolo y arrojándolo por el hueco de las escaleras. Por el momento no hay más detalles, pero desde la redacción de este periódico no podemos hacer más que estar junto a las familias y esperar que este haya sido un episodio desgraciado pero aislado.

Colorado Springs, 10 de noviembre de 1988 — A medida que pasan los días se van revelando más detalles del asesinato múltiple del centro comercial Crystal Mall. A pesar de los testimonios de las dos supervivientes, la policía y los equipos de rescate, si bien han podido recuperar todos los cuerpos de las víctimas, todavía no han encontrado el del asesino. Sin embargo, mediante la descripción dada por las jóvenes y los registros de las cámaras de seguridad, se ha podido determinar que la identidad del atacante es la de Daniel Creek, un trabajador del supermercado del centro comercial. Hijo único de padres fallecidos y sin ningún pariente o relación conocida. Por lo poco que hemos podido saber de los que lo conocía, todos afirmaban que era un tipo extraño pero no se lo imaginaban capaz de una atrocidad así.

Colorado Springs, 15 de enero de 1990 — Después de casi un año y medio luchando por la mala imagen creada después de los asesinatos que tuvieron lugar en el Crystal Mall, la junta directiva de la propiedad ha decidido cerrar las puertas del centro comercial después de que muchos comercios cerraran las puertas y de una campaña navideña para el olvido. Por ahora no se sabe que va a suceder con el edificio y los terrenos, pero seguro que quedarán vacíos a la espera de que alguien ajeno a la ciudad y a la desgracia que ocurrió en el lugar tome el relevo para reactivar la actividad comercial en esa zona de la ciudad.

Colorado Springs, 27 de febrero de 1991 — Más de doce meses después de que el centro comercial Crystal Mall cerrara sus puertas, ha trascendido la noticia de que toda la propiedad ha sido vendida a una promotora inmobiliaria que pretende reconstruir el lugar para crear lugares de empleo y regenerar la imagen de esa parte de la ciudad.

Colorado Springs, 3 de marzo de 1991 — Han pasado pocos días desde que saltara la noticia de la venta del abandonado Crystal Mall que ya se ha hecho público el futuro del que fuera escenario de un terrible asesinato múltiple. Según la nota de prensa oficial de la propiedad inversora, el edificio y los terrenos serán reconstruidos y rehabilitados con el fin de dar lugar a un increíble *resort* de montaña de lujo para que la ciudad sea un referente nacional y mundial del turismo de invierno. Aunque no se ha especificado una fecha en particular, todo apunta a que la inauguración tenga lugar a lo largo del verano del próximo año, en vistas de tenerlo todo listo para la temporada de otoño-invierno de 1992.

Colorado Springs, 1 de mayo de 1992 — Como los vecinos hemos podido ir viendo a lo largo de los meses y se ha ido anunciando en todos los medios, el antiguo Crystal Mall, ahora rebautizado como Crystal Resort, abrirá las puertas el próximo 4 de julio en una fiesta que se espera que sea por todo lo alto. Según se ha informado a la prensa, todas las reservas están completas y se espera un aforo completo para la gran reapertura del lugar después de casi cuatro años de la terrible desgracia que se llevó la vida de cinco jóvenes. El equipo gestor del *resort* no ha querido dar declaraciones concretas sobre lo que sucedió aquí y si eso afectará al futuro del complejo hotelero, solo la directora ha afirmado que, palabras textuales, «*aunque fue un desafortunado incidente, nuestro trabajo es mirar hacia adelante*».

1

El sol de finales de mayo brillaba sobre la fachada renovada del Crystal Mall, ahora convertido en el flamante «Crystal Resort & Spa». Aunque las obras estaban casi terminadas, el lugar aún estaba lleno de trabajadores apresurados, herramientas por todas partes y una sensación de caos organizado. Laura Carter, la futura directora del *resort*, caminaba por el vestíbulo principal supervisando cada detalle, sujeta a su fiel cuaderno de notas. Era una mujer de veintiocho años, ambiciosa y determinada a asegurarse de que todo estuviera perfecto para la gran inauguración del 4 de julio.

Mientras inspeccionaba las áreas comunes, Laura notó cierta tensión en los rostros de algunos trabajadores. Las anécdotas sobre cosas «extrañas» que sucedían en las zonas en construcción habían circulado entre ellos durante semanas: herramientas que desaparecían, sombras que parecían moverse en los pasillos aún oscuros, incluso ruidos inexplicables en mitad de la noche. Seguro que tenía algo que ver con la desgracia que había tenido lugar allí cuatro años atrás, pero Laura no era una persona que se dejara llevar por cuentos de fantasmas; estaba demasiado ocupada lidiando con plazos ajustados, un presupuesto limitado y una junta de accionistas que no hacía otra cosa que presionarla.

—Paul, ¿puedes venir un momento? —dijo Laura, dirigiéndose al arquitecto principal, Paul Harrison, un hombre de mediana edad conocido por su perfeccionismo y su carácter algo arrogante.

Paul llegó con un plano en la mano y una expresión de ligera irritación.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Paul con un tono impaciente.

—Algunos de los trabajadores están preocupados. Dicen que han encontrado cosas extrañas en las zonas no terminadas. ¿Hay algo de lo que deba preocuparme? —Laura intentó mantener la calma en su tono, pero era evidente que deseaba una respuesta clara.

Paul soltó una risa seca.

—Son tonterías de obreros supersticiosos. Estos lugares siempre generan historias. El Crystal Mall fue demolido casi por completo. Nada de lo viejo queda

aquí. Solo se asustan porque el lugar aún está en construcción en algunas zonas, falta de vida —concretó.

Laura asintió, aunque no estaba completamente convencida. Sin embargo, no tenía tiempo para debatir. Había una inauguración que planificar, y Laura Carter sentía la presión en cada paso que daba. El *resort* era su gran oportunidad, el proyecto que podría consolidar su carrera en la dirección hotelera. Mientras avanzaba por el vestíbulo principal, su mirada se movía rápida entre las columnas decorativas recién instaladas y los trabajadores que se apresuraban a pulir los últimos detalles. Su mente estaba llena de listas: la disposición del mobiliario, la decoración, las reuniones finales con los inversores... Todo tenía que ser impecable.

—¿Sam? ¿Dónde está el informe de las habitaciones terminadas? —preguntó con firmeza, dirigiéndose al joven botones que llevaba semanas ayudándola a organizar los detalles de la puesta en marcha. Sam, un chico de diecinueve años con una energía contagiosa, se apresuró hacia ella con un bloc de notas, casi se había convertido en una suerte de secretario sobre el terreno.

—Aquí está, señorita Carter. La planta baja está prácticamente lista. Solo falta ajustar algunas luces en los pasillos, pero deberían estar funcionando antes de mañana —respondió con entusiasmo, aunque su voz tenía un toque de nerviosismo. Quería impresionar a Laura y demostrar que podía manejar las responsabilidades que le habían asignado, a pesar de su juventud

Laura revisó el informe rápidamente y asintió con aprobación.

—Bien hecho, Sam. Ahora asegúrate de que el equipo de mantenimiento revise las luces hoy mismo. No podemos darnos el lujo de esperar —ordenó, con el tono de alguien que sabía exactamente lo que quería.

Mientras avanzaba hacia el ala oeste, donde estaban terminando los salones para eventos, Laura pasó junto a Clara Morales, la jefa de limpieza. Clara estaba inclinada sobre un carrito de productos, ajustando las listas de las habitaciones que habían sido limpiadas y listas para inspección.

—Clara, ¿cómo van las habitaciones VIP? —preguntó la directora, deteniéndose un momento para asegurarse de que todo estuviera bajo control.

Clara levantó la mirada y asintió con calma.

—Casi listas. Estoy dando instrucciones para que se revisen los detalles finales. Ya sabe, los espejos, las cortinas, esas cosas que los huéspedes siempre

notan en cuanto entran por la puerta y por las que solemos tener que ir a la habitación —respondió con su tono siempre práctico. Clara era una mujer que había visto de todo en su carrera, y esa experiencia se notaba en su forma de trabajar.

—Perfecto. Gracias por tu esfuerzo. Asegúrate de que todo brille antes de que hagamos la última inspección general —dijo Laura antes de continuar su recorrido.

A medida que se acercaba hacia las áreas en construcción, la atmósfera del *resort* cambiaba. Los salones terminados tenían una elegancia impecable, pero las zonas aún sin completar estaban llenas de actividad frenética: trabajadores moviendo herramientas, el ruido constante de martillos y taladros, y una sensación de urgencia palpable. Laura se encontró con Mike, el jefe de obra, quien estaba discutiendo algo con Ángel Cruz, el encargado de mantenimiento.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Laura, deteniéndose junto a ellos.

—Una de las puertas del almacén antiguo se atascó de nuevo —respondió Ángel con un tono serio—. La cerradura parece haberse oxidado, a pesar de que la revisé la semana pasada.

Mike rodó los ojos con impaciencia.

—Es solo una puerta, Ángel. Haz que funcione y no pierdas el tiempo.

Laura intervino antes de que la conversación se calentara más.

—Ángel, haz lo que puedas para arreglarlo. —Y dirigiéndose al jefe de obra añadió, cambiando de tema—: Mike, necesito saber si las áreas de eventos estarán listas para el viernes. Tenemos programada una reunión de preinauguración con los inversores.

Mike se frotó la frente con frustración, a esas alturas estaba harto de responder al mismo tipo de preguntas constantemente.

—Estarán listas. Pero los trabajadores están nerviosos. Dicen que escuchan cosas en las zonas más antiguas. Ya sabes cómo son los rumores.

Laura alzó una ceja.

—¿Qué tipo de cosas?

Ángel, con un aire de inquietud, miró a Laura y respondió.

—Ruidos. Cosas movidas cuando no debería haber nadie. Una de las lámparas del almacén se encendió sola anoche. Supongo que es solo un mal cableado.

Laura suspiró. No creía en supersticiones ni en historias de fantasmas, pero el agotamiento por el trabajo y el ambiente del lugar empezaba a pesar en todos.

—Hagamos algo. Ángel, revisa el almacén personalmente y asegúrate de que todo esté en orden. Mike, sigue avanzando con el equipo y mantén a todos concentrados. No necesitamos distracciones a pocos días de la inauguración.

Los dos hombres asintieron, cada uno podría tener sus ideas sobre lo que estaba sucediendo, pero estaban de acuerdo que lo que fuera que fuese no podía retrasar la inauguración del *resort*.

Laura se alejó, pero una sensación incómoda quedó en el aire. Algo sobre el almacén antiguo parecía molestar a todos. Sin embargo, Laura se obligó a concentrarse en su objetivo: todo estaría bajo control. Eso era lo que siempre decía, incluso cuando las cosas empezaban a desviarse de lo planeado.

Poco después, en uno de los pasillos aún sin iluminar del ala oeste, un grupo de trabajadores discutía en voz baja. Entre ellos, Ángel Cruz, el encargado de mantenimiento, inspeccionaba un conjunto de herramientas dejadas en el suelo.

—Esto no estaba aquí ayer. Alguien las movió —murmuró con el ceño fruncido.

No quería creer en tonterías como sus compañeros, pero estaban ocurriendo cosas que realmente le estaban haciendo dudar de lo que realmente sucedía en el *resort*.

Mike, el jefe de obras, llegó y lo observó con una mirada de impaciencia.

—Vamos, Ángel. Tenemos mucho que hacer. Estas cosas siempre pasan en lugares como este. Es obra de algún bromista, no hay más misterio que ese.

Ángel quiso replicar, pero se contuvo. Había algo en el ambiente que no se sentía bien. Una especie de energía pesada que hacía que el aire pareciera más denso.

Esa noche, el *resort* estaba silencioso, excepto por el eco de herramientas lejanas y los pasos apresurados de los pocos trabajadores que aún terminaban

sus tareas. Paul Harrison, arquitecto principal del Crystal Resort, permanecía en su oficina improvisada. Su escritorio estaba abarrotado de planos, muestras de materiales y una taza de café frío que no había tenido tiempo de terminar. A pesar del cansancio acumulado, había algo en su carácter que no le permitía dejar ningún detalle sin revisar. Además, no confiaba plenamente en el equipo de obras; quería asegurarse de que todo estuviera en el lugar correcto.

—Si quieres algo bien hecho, hazlo tú mismo —murmuró para sí mismo mientras revisaba los planos del ala oeste, la última zona en construcción.

Se levantó, recogió una linterna y su fiel rollo de planos, decidido a inspeccionar la zona por su cuenta. Sabía que los demás lo encontrarían exagerado, pero no le importaba. En su mente, cualquier error en el diseño sería un golpe a su reputación. Y si quería evitar más retrasos antes de la inauguración, tenía que actuar.

A medida que se adentraba en el ala oeste, la atmósfera cambió. Aunque las luces aún no estaban instaladas, la oscuridad parecía más pesada de lo que esperaba. Las paredes desnudas y los pasillos sin terminar daban la sensación de que el lugar tenía una personalidad propia, algo inquietante y vigilante. El único sonido era el eco de sus propios pasos, acompañado por el crujido ocasional de alguna herramienta abandonada en el suelo.

Mientras avanzaba, Paul empezó a notar pequeños detalles que lo incomodaban: una línea de pintura en el suelo que terminaba de forma abrupta, marcas de manos en el polvo acumulado sobre las paredes, herramientas que parecía que alguien había reorganizado en formas extrañas. Sin embargo, cada vez que su mente intentaba encontrar un significado en estos detalles, se obligaba a descartarlos como mera paranoia provocada por el estrés del trabajo.

—Vamos, Paul. Es solo un lugar en obras. Has estado en centenares como este. Nadie está aquí más allá de ti y los trabajadores —se dijo, tratando de calmarse mientras ajustaba la linterna para iluminar mejor el plano que sostenía.

Sin embargo, algo llamó su atención. Desde uno de los pasillos laterales, escuchó un ruido sutil: el sonido metálico de algo que se arrastraba por el suelo. Levantó la linterna rápidamente hacia la dirección del sonido, pero no había nada. Solo vacío. Paul sintió un escalofrío recorrer su espalda, pero decidió ignorarlo y seguir adelante.

El ruido volvió, esta vez más cercano y acompañado por un leve gruñido bajo. Paul giró rápidamente hacia el origen del sonido, pero la linterna comenzó a parpadear, como si algo interfería con su energía.

—¿Hola? —dijo con una voz más insegura de lo que pretendía.

Sus palabras fueron absorbidas por el silencio opresivo del lugar.

La linterna se apagó de repente. La oscuridad lo envolvió por completo, y fue en ese momento que lo sintió. Una presencia, áspera, inmensa y peligrosa, estaba detrás de él.

Antes de que pudiera moverse, unas manos brutales lo agarraron, arrastrándolo hacia las sombras con una fuerza que parecía sobrehumana. El plano cayó al suelo, las hojas se desparramaron mientras un grito de Paul quedaba atrapado en su garganta. La linterna, ahora caída, proyectó brevemente un destello que reveló la grotesca sonrisa y el uniforme quemado y ensangrentado de su atacante, en cuyo pecho había una plaquita en la que a duras penas se podía leer: «DANIEL».

El pasillo volvió al silencio, como si nada hubiera ocurrido, salvo por el leve sonido de algo arrastrándose hacia las profundidades de la construcción.

2

El día amaneció con un cielo gris plomizo que parecía presagiar algo más que lluvia. Laura Carter entró en la sala de reuniones con la energía organizada que siempre la caracterizaba, pero incluso ella no pudo ignorar el aire extraño que flotaba en el lugar. Había algo palpable, algo que no se podía ver pero que todos parecían sentir. La sala estaba iluminada con una luz amarillenta, las sombras de los objetos en las esquinas hacían que la atmósfera pareciera más pesada de lo habitual. Los rostros de los asistentes reflejaban una mezcla de cansancio y tensión acumulada.

Laura, siempre perfeccionista, intentó ignorar la sensación de inquietud que se había instalado en su estómago. Sus pensamientos eran claros: tenía una lista interminable de tareas antes de la inauguración. Pero cuando miró a su alrededor, la ausencia de Paul Harrison, el arquitecto principal, hizo que el nudo en su estómago se apretara aún más.

—¿Dónde está Paul? —preguntó con tono firme, pero no agresivo.

Era más una orden disfrazada de pregunta. Los demás intercambiaron miradas silenciosas antes de que Mike, el jefe de obras, se aventurara a responder.

—No apareció esta mañana —dijo Mike, cruzando los brazos con cierta indiferencia—. Lo último que escuché es que anoche estaba revisando el ala oeste. Probablemente perdió el sentido del tiempo, ya sabes cómo es.

La respuesta de Mike no alivió las inquietudes de Laura. Su mente comenzó a trabajar en todas las posibilidades, desde lo más banal hasta lo más preocupante. Ángel Cruz, el encargado de mantenimiento, intervino en un intento de complementar la información.

—Su coche sigue en el aparcamiento.

Laura se inclinó hacia la mesa, apoyando los codos y entrelazando las manos. Su mirada firme recorrió la sala, buscando algún indicio de que alguien supiera algo más.

—Esto no tiene sentido. Paul nunca falta a ninguna reunión.

Y, para sus adentros, añadió: «Algo no está bien».

Clara Morales, la jefa de limpieza, levantó la voz por primera vez en la reunión, su tono era sereno pero impregnado de preocupación.

—Tal vez deberíamos buscarlo. Si estaba en el ala oeste, podría haberse caído o algo. Ese lugar todavía no está completamente seguro.

Laura asintió lentamente, considerando la idea. Sabía que necesitaba respuestas, pero también sabía que cualquier rumor sobre la desaparición del arquitecto podría causar el caos entre los trabajadores. Sin necesidad, se crearía una leyenda negra alrededor del *resort*... y eso no podía ocurrir. Era esencial mantener el control, aunque internamente, sentía cómo la ansiedad empezaba a arañar su calma.

—Ángel y Clara, id a buscarlo —ordenó, tratando de no dejar entrever su inquietud—. Revisad cada rincón del ala oeste. Pero sed discretos. Mike, tú asegúrate de que los trabajadores no se enteren de esto. Lo último que necesitamos es que se propaguen rumores.

Mike soltó un suspiro corto, pero aceptó.

—Está bien, pero insisto en que probablemente esté dormido en algún lado. Ese tipo no sabe cuándo parar.

Laura lo ignoró y cerró los ojos por un instante, intentando reordenar sus pensamientos. La sensación de que algo estaba profundamente mal era imposible de descartar, pero ahora no tenía tiempo para sucumbir a las emociones. El control era lo más importante de todo.

Ángel Cruz ajustó la linterna en su mano mientras seguía a Clara Morales por el pasillo que conducía al ala oeste. A medida que avanzaban, el ambiente se volvía más pesado, como si el aire mismo estuviera cargado de algo invisible. Clara intentó mantener la calma, pero sus pensamientos volvían al inexplicable malestar que había sentido en días recientes. Había trabajado en muchos hoteles y sabía que los lugares en construcción a menudo tenían un ambiente inquietante, pero esto era diferente.

—Es extraño, ¿no lo crees? —preguntó Clara, rompiendo el silencio mientras iluminaba el suelo con su linterna.

Ángel asintió, aunque no levantó la mirada.

—Sí. No sé qué es, pero este lugar me pone los pelos de punta. Todo parece fuera de lugar, como si hubiera alguien... y nosotros fuéramos los extraños.

Clara sintió un escalofrío. Aunque Ángel no lo dijo explícitamente, sus palabras resonaron con algo que ella misma había pensado pero no había querido admitir. Mientras avanzaban, la luz de las linternas revelaba herramientas abandonadas, marcas en las paredes que parecían recientes y una oscuridad que parecía expandirse en cada rincón. El silencio era roto ocasionalmente por el sonido de pasos de los trabajadores en las áreas más lejanas, pero el eco de sus propios movimientos parecía amplificar la sensación de aislamiento.

—Paul —se atrevió a decir Ángel con voz firme pero nerviosa. Clara lo imitó, pero sus voces solo generaron un eco inquietante.

Sin embargo, fue cuando Clara iluminó el interior de una habitación que vio algo que la hizo detenerse de golpe.

—Á-Ángel... —dijo con un susurro que era más un jadeo, incapaz de articular ninguna otra palabra. La linterna temblaba en su mano.

El cuerpo de Paul Harrison estaba suspendido en el centro de la habitación, con la cinta métrica enrollada grotescamente alrededor de su cuello. El contraste entre el rostro pálido del arquitecto y el metal amarillo y brillante de la cinta era aterrador, sobre todo por la sangre que lo decoraba casi con sutileza. Sus ojos, abiertos y congelados en una expresión de absoluto terror, parecían mirar hacia la nada. La posición de su cuerpo no era natural; sus brazos estaban torcidos y extendidos, como si alguien lo hubiera colocado de esa manera deliberadamente.

Ángel sintió cómo el aire en sus pulmones parecía evaporarse. A pesar de que había trabajado en muchos lugares y enfrentado situaciones difíciles, nunca había visto algo como aquello. Clara, por su parte, estaba paralizada, incapaz de apartar la mirada de la grotesca escena.

El silencio volvió a la habitación, roto solo por el sonido de la linterna de Clara cayendo al suelo con un golpe sordo. Ángel se inclinó lentamente para recogerla, pero sus manos temblaban tanto que casi la dejó caer de nuevo.

—Esto... esto no está bien —murmuró, aunque no sabía si hablaba para Clara o para sí mismo.

Clara finalmente apartó la mirada, su rostro pálido y su respiración rápida.

—Tenemos que decirle a Laura. No puede quedarse aquí... así.

Laura Carter estaba en su despacho provisional, una habitación luminosa pero austera, con muebles temporales y un escritorio cubierto de papeles, planos y un vaso de papel que, seguramente, todavía contenía el café que ya había olvidado. Estaba revisando el programa de eventos para la inauguración cuando Ángel y Clara entraron, irrumpiendo en su lugar de trabajo. El rostro de ambos era pálido, como si hubieran visto un fantasma. Laura levantó la mirada de inmediato; no necesitaba que dijeran nada para saber que algo estaba profundamente mal.

—¿Qué pasa? —preguntó, dejando los papeles a un lado y centrándose por completo en ellos. Su tono era firme, pero había un leve temblor en su voz que traicionaba su preocupación. La sensación de control que tanto se esforzaba por mantener se tambaleó.

Clara fue la primera en hablar, aunque su voz era apenas un susurro.

—Lo encontramos... Encontramos a Paul. Está... muerto.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Laura sintió que su respiración se detenía por un momento. Cada fibra de su ser le decía que mantuviera la calma, que no reaccionara de forma impulsiva. Pero las palabras de Clara eran demasiado impactantes.

Ángel se adelantó, su era voz más firme, aunque su expresión mostraba el peso de lo que había visto.

—Está en el ala oeste. Lo... lo colgaron con una cinta métrica. Es como si alguien lo hubiera puesto ahí deliberadamente.

Laura se puso de pie lentamente, sintiendo cómo la adrenalina comenzaba a circular por su cuerpo. Aunque su exterior seguía mostrando compostura, en su interior una tormenta de emociones se desataba, y ninguna de ellas era positiva.

—¿Deliberadamente? ¿Qué quieres decir con eso?

Su tono se endureció, pero no porque dudara de ellos, sino porque no sabía cómo procesar lo que estaba escuchando.

Ángel intercambió una mirada rápida con Clara antes de responder:

—No fue un accidente, Laura. Esto no tiene explicación lógica. Su cuerpo estaba torcido, como si alguien lo hubiera... colocado para que lo encontráramos así.

Clara asintió, abrazando su propio cuerpo como si tratara de protegerse del recuerdo.

—Era horrible. Nunca había visto algo así en mis años trabajando en hoteles. Ni siquiera sé cómo alguien pudo hacerlo.

Laura tomó aire, tratando de organizar sus pensamientos. Sabía que debía actuar rápido, pero también sabía que cualquier decisión que tomara podía tener consecuencias graves.

—¿Los demás trabajadores saben algo de esto?

—No —respondió Ángel de inmediato—. Revisamos el área y nos aseguramos de que nadie más estuviera cerca. Pero no podemos mantener esto en secreto por mucho tiempo. Algún trabajador podría ir al ala oeste y verlo.

Laura caminó hacia la ventana, mirando las obras que se desarrollaban abajo. El bullicio normal de los trabajadores parecía completamente ajeno al caos al que ahora se enfrentaba.

—Esto puede arruinarlo todo —murmuró para sí misma. Luego se giró hacia ellos con una expresión mucho más decidida—. Por ahora, no le digáis nada a nadie más. Mike y yo nos encargaremos de restringir el acceso al ala oeste. Quiero... Necesito que actuéis como si todo estuviera bajo control. Si alguien pregunta por Paul, decidle que tuvo que ausentarse por asuntos personales.

Clara frunció el ceño, aquello no le gustaba.

—¿Y la policía? Esto es un crimen, Laura. No podemos ignorarlo.

Laura se quedó en silencio, enfrentando un dilema que sabía que era inevitable. Llamar a la policía significaría que todo el proyecto correría peligro; los inversores podrían retirarse, la inauguración podría cancelarse, y su carrera podría quedar sepultada. Sin embargo, también sabía que no podían manejar esto solos.

—Por ahora, nos enfocaremos en proteger el *resort* y en asegurarnos de que los trabajadores estén a salvo —dijo finalmente—. Pero si algo más ocurre, no tendremos otra opción. ¿Entendido?

Ángel y Clara asintieron lentamente, aunque ambos sabían que este era solo el comienzo de algo mucho más oscuro. Mientras salían del despacho, Laura se apoyó contra el escritorio, sintiendo por primera vez el peso real de la situación. Su mente estaba llena de preguntas a las que no quería enfrentarse: ¿quién hizo esto? ¿por qué? ¿y cómo iban a detenerlo?

El *resort*, que había sido su oportunidad soñada, pero ahora comenzaba a transformarse en una pesadilla que apenas hacía que empezar.

3

La sala de eventos brillaba con un lujo que contrastaba fuertemente con las áreas aún en construcción del Crystal Resort. Las paredes estaban decoradas con espejos dorados y lámparas de araña recién instaladas, y el suelo de mármol relucía bajo las luces blancas y cálidas. A pesar del ambiente festivo, Laura Carter sentía cómo la tensión le retorció el estómago. Había insistido en que la fiesta siguiera adelante, intentando mantener la moral del equipo alta tras la desaparición de Paul, aunque ahora mismo dudaba si había sido la decisión correcta.

Los trabajadores estaban reunidos en pequeños grupos, algunos riendo y brindando con copas de vino que parecían algo fuera de lugar en un entorno aún caótico. Laura observaba desde un rincón, tomando notas mentales mientras evaluaba el comportamiento de los empleados. Era una costumbre que había desarrollado: siempre observar, siempre analizar. Sam, el joven botones, estaba cerca de la mesa del bufé, conversando animadamente con algunos camareros que habían llegado para familiarizarse con el lugar antes de la inauguración. Su entusiasmo casi la hizo sonreír; parecía no estar afectado por las tensiones que rodeaban al proyecto.

—Laura —dijo una voz desde atrás. Era Martin Reed, el recepcionista, con su típica sonrisa despreocupada. Lo conocía desde hacía tiempo y por eso lo había traído hasta Colorado Springs para que fuera su mano derecha. Sostenía una copa de champán medio vacía—, deberías relajarte un poco. Pareces a punto de explotar.

Laura lo miró, evaluando si debía responder de forma cortante o aceptar el comentario como una broma amistosa. Optó por lo segundo.

—Alguien tiene que asegurarse de que todo esto no se derrumbe antes de la inauguración.

—Sí, bueno, por lo menos hay música y algo bueno para beber —respondió Martin con un encogimiento de hombros, antes de alejarse hacia otro grupo. Laura suspiró. Sabía que Martin era útil en su trabajo, pero a veces su actitud relajada chocaba con su necesidad de control.

Mientras tanto, en un área aún en construcción, el aire era diferente. La luz de la fiesta apenas alcanzaba a iluminar los bordes del ala oeste, donde las paredes aún estaban desnudas y el suelo seguía cubierto de polvo. Allí, en la penumbra, una figura inmensa permanecía inmóvil. Su uniforme, aunque quemado y cubierto de manchas secas, era inconfundible: el de antiguo reponedor del Crystal Mall. Su rostro, parcialmente desfigurado por las quemaduras, estaba iluminado débilmente por un tenue resplandor que venía desde el salón de eventos.

El reponedor miraba con una mezcla de furia y algo más... un espíritu de territorialidad casi primitivo. El edificio, aunque transformado y lleno de opulencia, seguía siendo su hogar, su territorio. Los ecos de risas y música llegaban hasta él, despertando una ira latente que comenzó a transformarse en acción. Las manos grandes y torpes que alguna vez habían ordenado productos en los estantes ahora se cerraron en puños mientras avanzaba lentamente hacia los bordes de la luz, manteniéndose en las sombras.

Permanecía allí, en las sombras, observando cada movimiento en el salón de eventos. Su mente, un torbellino de ira y deseo de proteger su territorio, se aferraba a los ecos de su vida anterior. Aunque su forma física era grotesca y quemada, su instinto seguía intacto: ellos no pertenecían allí. Los murmullos, las risas y la música eran una invasión que despertaba en él una furia de depredador.

Se movió más cerca, utilizando las sombras para ocultar su presencia. Sus pasos eran silenciosos, pero su figura inmensa hacía que las herramientas a su alrededor temblaran y emitieran ruidos sutiles. Una llave inglesa cayó al suelo con un sonido metálico que se escuchó hasta el salón.

En el salón, el ambiente de la fiesta iba ganando intensidad. Algunos empleados habían comenzado a relajarse lo suficiente como para bailar en el centro de la sala, mientras otros permanecían en conversaciones más tranquilas. Clara observaba todo desde una esquina, como siempre prudente y reservada. Había aceptado una copa de vino, pero apenas la había probado. No podía dejar de pensar en lo que había visto esa mañana en el ala oeste.

Eva Harper, la jefa de cocina, estaba cerca del bufé, examinando los aperitivos con su mirada crítica habitual. Aunque no era responsable de la comida de esa noche, no podía evitar evaluar la presentación y la calidad. Deformación profesional.

—No está mal —murmuró para sí misma antes de tomar un canapé, pero luego su rostro se endureció al recordar las tensiones en el lugar. Estaba claro que algo no marchaba bien, aunque nadie parecía dispuesto a hablar de ello abiertamente.

Por su parte, Ángel permanecía en los bordes del salón, cerca de las puertas dobles que conectaban con las áreas en construcción. Su mirada era seria, y sus brazos cruzados sobre el pecho parecían un escudo contra el ambiente festivo. Aunque su trabajo lo mantenía ocupado durante el día, la imagen del cuerpo de Paul seguía persiguiéndolo.

Había trabajado en muchos edificios y sabía que los lugares como este a veces daban sensación de abandono, pero esto era diferente. El aire tenía peso, como si alguien más estuviera allí pero no quisiera ser visto.

Mientras ajustaba la linterna en su cinturón, escuchó un sonido bajo y metálico proveniente del pasillo. Su cuerpo se tensó, y giró rápidamente la cabeza, pero no había nada visible. Sin embargo, su corazón empezó a latir más rápido, y la imagen del cuerpo de Paul suspendido seguía acechándolo en su mente.

Clara se le acercó con cautela. Llevaba una copa de vino en la mano, pero era evidente que solo la sostenía por guardar las apariencias.

—¿Todo bien, Ángel? —preguntó, aunque sabía la respuesta por la expresión en su rostro.

Él dudó por un instante.

—No lo sé —admitió al fin con sinceridad—. Pero sigo creyendo que algo aquí no está bien. Hay sonidos y movimientos que no puedo explicar. Y después de lo que vimos esta mañana...

Ángel dejó la frase incompleta, pero Clara entendió perfectamente a lo que se refería.

Mientras hablaban en voz baja, un trabajador salió de una de las áreas en construcción, con el rostro algo perturbado. Era uno de los nuevos camareros que había llegado para familiarizarse con el lugar.

—Señora Morales, señor Cruz, hay algo raro en el almacén del ala oeste —dijo, tratando de mantener la compostura—. La luz se enciende y se apaga sola, y juro que escuché pasos mientras estaba allí.

Ángel intercambió una mirada rápida con Clara antes de responder.

—Yo me encargo.

—No puedes ir solo. Además...

—Quédate aquí —la interrumpió Ángel, y añadió—: Avisa a Laura.

Clara no se lo pensó dos veces, mientras Ángel desaparecía por el pasillo, ella caminó rápidamente hacia el rincón donde Laura Carter estaba revisando su cuaderno de notas. Aunque intentaba mantener la compostura, sus pasos eran apresurados y su respiración irregular. La copa de vino que llevaba en la mano temblaba ligeramente, reflejando el estado de su mente.

—Laura... —dijo en voz baja pero urgente, inclinándose hacia ella—. Necesito hablar contigo. Ahora.

Laura levantó la mirada, sorprendida por el tono de Clara. Era raro que la jefa de limpieza mostrara tanta inquietud, hasta esa mañana. Cerró su cuaderno y se enderezó, enfocándose completamente en ella.

—¿Qué pasa, Clara? —preguntó casi con miedo a la respuesta.

Clara miró alrededor, asegurándose de que nadie estuviera lo suficientemente cerca como para escuchar.

—Es Ángel. Está revisando el almacén del ala oeste. Un camarero nos ha dicho que hay algo raro allí. Las luces se encienden y se apagan solas, y el muchacho jura que escuchó pasos.

Laura frunció el ceño, sintiendo cómo la tensión en su pecho aumentaba.

—¿Ángel ha ido solo?

Clara asintió con su rostro empalideciendo por segundos.

—Le dije que no fuera, pero insistió. Laura, esto no es normal. Desde esta mañana, desde lo que vimos... siento que algo está mal. Muy mal.

Laura tomó aire, intentando calmarse. Sabía que no podía dejar que el pánico se apoderara de ella, pero las palabras de Clara resonaban con fuerza.

—Está bien. Voy a buscarlo. Quédate aquí y asegúrate de que nadie más se acerque al ala oeste.

Clara quiso protestar, pero el tono decidido de Laura la detuvo.

—Ten cuidado —fue cuanto pudo decir finalmente, mientras Laura se dirigía hacia las puertas dobles.

Ángel avanzaba por el pasillo oscuro que conducía al almacén del ala oeste. La linterna en su mano iluminaba las paredes desnudas y el suelo cubierto de polvo, pero la luz parecía insuficiente para disipar la sensación de opresión que lo rodeaba. Cada paso que daba parecía resonar más fuerte de lo que debería, como si el lugar amplificara el sonido.

Cuando llegó a la puerta del almacén, notó que estaba entreabierta. La luz del interior parpadeaba, creando sombras que se movían de forma inquietante. Ángel tragó saliva y empujó la puerta con cautela, entrando en la habitación.

El almacén estaba lleno de herramientas y materiales de construcción, pero algo en la disposición de los objetos parecía extraño. Las herramientas estaban esparcidas por el suelo, como si alguien las hubiera movido deliberadamente, situándolas estratégicamente para formar una composición que se escapaba a la intranquila mente del jefe de mantenimiento. En una esquina, una lámpara portátil emitía un zumbido bajo mientras su luz parpadeaba.

—¿Hola? —dijo Ángel, su voz era firme pero con un toque de nerviosismo, por lo que pudiera encontrar. No esperaba respuesta, pero el silencio que siguió fue más inquietante que cualquier sonido.

De repente, escuchó un ruido detrás de él. Se giró rápidamente, levantando la linterna, pero no vio nada. Su corazón comenzó a latir con mayor fuerza, y la imagen del cuerpo de Paul volvió a su mente.

—Esto no está bien —murmuró para sí mismo, en una suerte de mantra que no podía borrar de su cabeza.

Mientras avanzaba hacia el centro del almacén, la luz de la lámpara se apagó por completo, sumiendo la habitación en una oscuridad casi total. Ángel sintió cómo el aire se volvía más pesado, como si algo estuviera acercándose. Antes de que pudiera reaccionar, una figura inmensa emergió de las sombras.

El reponedor se movió con una velocidad sorprendente, agarrando a Ángel con una fuerza brutal. La linterna cayó al suelo, rodando hasta detenerse junto a

una llave inglesa. Ángel intentó luchar, pero las manos del reponedor eran como unas tenazas, inmovilizando cada movimiento.

El último sonido que Ángel escuchó fue el crujido de una herramienta metálica, seguido por un silencio absoluto, el de su muerte

Laura avanzó por el pasillo en construcción que conducía al almacén del ala oeste. Sus tacones resonaban con un eco inquietante, cada paso acentuaba el silencio opresivo que la rodeaba. La linterna que había tomado de un carrito de herramientas iluminaba apenas lo suficiente para mostrarle el camino. La sensación de que algo estaba fuera de lugar era abrumadora, pero se obligaba a mantener la calma. No podía permitirse el lujo de perder el control.

Cuando llegó a la puerta del almacén, notó que estaba entreabierta. El haz de su linterna capturó el interior: el espacio estaba en completo desorden, con herramientas y materiales esparcidos por el suelo como si alguien hubiera entrado con prisa o con furia. Su corazón dio un vuelco cuando vio la linterna de Ángel tirada junto a una llave inglesa, pero no había rastro de él.

—¿Ángel? —preguntó al aire, tratando de mantener su voz firme. Pero el silencio que siguió era abrumador. No había respuesta, solo el zumbido lejano de algún generador en las áreas más profundas de la construcción.

Laura se adentró lentamente en el almacén, mirando a su alrededor con los sentidos en alerta máxima. El aire era pesado, y una ligera brisa fría parecía filtrarse desde algún lugar invisible, haciendo que un escalofrío recorriera su espalda. De repente, una sombra se movió en el borde de su visión, y giró rápidamente, apuntando con la linterna.

—¿Quién está ahí? —dijo, el tono de su voz mezclaba autoridad y miedo. Pero no obtuvo respuesta.

El silencio volvió a adueñarse del lugar, solo roto por el crujido de algo moviéndose en el techo. Laura levantó la mirada, pero no había nada. Su mente estaba jugando con ella, o eso quiso creer. Sin embargo, la presencia, esa sensación indescriptible de que no estaba sola, era demasiado fuerte como para ignorarla.

Hizo ademán de recoger la linterna de Ángel del suelo, pero se contuvo, y, después de una última mirada al almacén vacío, dio media vuelta y salió del lugar. Se obligó a caminar con calma, aunque sentía cada músculo de su cuerpo tenso y preparado para correr. El pasillo se extendía frente a ella como si no tuviera fin, y el eco de sus pasos ahora parecía más fuerte, como si alguien la estuviera siguiendo.

Al llegar al salón de eventos, Laura encontró a Clara esperándola. La expresión de la jefa de limpieza fue suficiente para saber que el miedo no era solo suyo. Ambas intercambiaron una mirada, y aunque ninguna dijo nada, la conexión entre ellas fue inmediata: algo estaba muy mal en el Crystal Resort, y, desafortunadamente, ambas sabían que esto solo era el principio.

Mientras el salón se vaciaba y las luces se apagaban, una figura oscura emergió de las sombras del ala oeste. Los restos del uniforme quemado y ensangrentado de Daniel Creek se movían entre las herramientas y el polvo como un depredador en su territorio. Su grotesca mueca parecía transformarse en algo aún más amenazante, y sus ojos quemados reflejaron la tenue luz que quedaba. El Crystal Resort ya no era un santuario de lujo. Se había convertido en una trampa.

4

La mañana siguiente amaneció con un aire pesado y gris, como si el cielo reflejara el creciente caos dentro del Crystal Resort. Laura estaba en su despacho, revisando los últimos detalles del proyecto mientras luchaba contra una sensación de ansiedad que se había vuelto casi constante. La desaparición de Ángel durante la fiesta de la noche anterior era una preocupación que no podía ignorar, pero había decidido, al menos por el momento, no hablar de ello con el resto del equipo.

El sonido de un coche llegando al *resort* la sacó de sus pensamientos. Miró por la ventana y vio un vehículo policial estacionándose frente a la entrada principal. Su corazón dio un salto. No había llamado a las autoridades, pero sabía que era cuestión de tiempo de que alguien lo hiciera. Alguien tenía que haber informado de la desaparición de Paul o de Ángel, y ahora tendría que dar respuestas.

Laura bajó al vestíbulo, donde Mike y Clara ya estaban esperando junto a los oficiales. Mike tenía los brazos cruzados y lucía su típica expresión de desdén. Clara, en cambio, parecía más nerviosa, sus manos entrelazadas frente a su estómago mientras evitaba mirar directamente a los policías.

—Buenos días —dijo uno de los oficiales, un hombre alto con mirada seria, mientras se dirigía a Laura—. Soy el agente Ryan, y este es mi compañero, el agente Brown. Hemos recibido una denuncia de la familia del señor Paul Harrison. Según nos informaron, no ha regresado a su casa desde hace dos días. Queremos saber si tienen información sobre su paradero.

Laura se obligó a mantener la calma.

—Paul es el arquitecto principal de este proyecto. Sí, notamos que no apareció para la reunión de ayer por la mañana, pero asumimos que estaba trabajando en algo relacionado con el *resort*.

—¿Tiene alguna idea de dónde podría estar? —preguntó el agente Ryan, su mirada estaba fija en Laura, como si intentara leerla, ir más allá de sus palabras.

Mike intervino con un tono firme y casi defensivo:

—Paul es un tipo reservado. Seguro que se quedó hasta tarde en el *resort* y decidió descansar. Este lugar es grande y aún hay áreas en construcción.

El agente Brown frunció el ceño.

—Lo comprendo, pero ¿no les parece extraño que no haya contactado con su familia ni haya respondido a las llamadas en dos días?

Laura abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera decir algo, Clara soltó un suspiro profundo, incapaz de seguir callando.

—No está bien... —Su voz tembló, pero continuó antes de que alguien la detuviera—: No está bien porque... porque lo encontramos. Paul está muerto. Colgado en el ala oeste del *resort*.

El silencio se apoderó del vestíbulo. Mike miró a Clara, sus ojos estaban repletos llenos de incredulidad y frustración.

—¡Clara! ¡No deberías haber dicho eso! —le reprochó.

Pero Clara ya no podía contenerse:

—Y no solo eso. Ángel desapareció anoche. Fue a revisar el almacén del ala oeste y nunca volvió. Algo está pasando aquí. Algo terrible.

Los agentes intercambiaron miradas rápidas antes de centrarse nuevamente en Laura.

—¿Es esto cierto? —preguntó el agente Ryan con un tono ahora mucho más serio.

Laura tragó saliva, sintiendo cómo el peso de la situación la aplastaba.

—Sí. Paul fue encontrado muerto ayer por la mañana. Clara y Ángel lo encontraron en el ala oeste. Decidimos mantenerlo en secreto para evitar el pánico entre los trabajadores, pero no llamamos a la policía porque no teníamos pruebas de lo que había sucedido. Respecto a Ángel... desapareció durante la fiesta de anoche. Fuimos a buscarlo, pero no había ni rastro de él.

El agente Brown sacó un cuaderno y comenzó a tomar notas mientras Ryan se acercaba a Laura.

—Vamos a necesitar acceso completo al *resort*. Si hay dos desaparecidos, uno de ellos muerto, esto ya no es un problema interno. Es una investigación criminal.

Laura asintió, percibiendo como su control sobre la situación se desmoronaba.

—De acuerdo. Los llevaré a las áreas en cuestión.

El agente Ryan y el agente Brown se adentraron en el ala oeste del Crystal Resort, acompañados por Laura, quien les guiaba a través de los pasillos en construcción. La linterna del agente Ryan iluminaba las paredes desnudas y el suelo cubierto de polvo, creando sombras que parecían moverse con cada paso. El silencio era opresivo, roto únicamente por el eco de sus pisadas. Aunque Laura intentaba mantener la calma, no podía evitar sentir que cada rincón del ala escondía algo más que herramientas abandonadas.

—Es aquí —anunció Laura, señalando la puerta que daba al almacén donde Clara y Ángel habían encontrado el cuerpo de Paul. Su voz sonaba firme, pero su respiración acelerada rebelaba que sus nervios la estaba traicionando.

El agente Brown abrió la puerta con cautela, mientras Ryan apuntaba su linterna hacia el interior. La luz reveló la escena grotesca que Clara había descrito: el cuerpo de Paul seguía suspendido, colgado con la cinta métrica, su posición torcida y antinatural. Su rostro pálido, congelado en una expresión de terror, parecía mirar hacia ellos, incluso desde la muerte.

—Dios mío... —murmuró el agente Ryan, mientras Brown sacaba su cámara para documentar la escena—. Esto no fue un accidente. Alguien hizo esto.

Laura se apartó un poco, incapaz de soportar la visión por mucho tiempo. Aunque había tratado de prepararse para este momento, ver el cuerpo nuevamente le recordó la gravedad de lo que enfrentaban.

—Clara lo encontró aquí —dijo con voz tensa—. Estaba con Ángel en ese momento. Ambos dijeron que parecía que alguien había movido el cuerpo deliberadamente.

Los agentes intercambiaron miradas antes de continuar examinando la habitación. Ryan encontró huellas en el polvo del suelo, algunas grandes y desordenadas, mientras que otras parecían más ordenadas, como si pertenecieran a un trabajador del *resort*.

—Vamos a necesitar análisis forenses aquí —dijo, mientras anotaba sus observaciones.

Después de salir del almacén, Laura guió a los agentes hacia el lugar donde había encontrado la linterna de Ángel la noche anterior. El ambiente era igual de opresivo, pero había algo más en el aire, una sensación que Laura no podía describir pero que la hacía querer salir corriendo.

—Aquí fue donde vi la linterna de Ángel —explicó, deteniéndose frente a la puerta del almacén.

Brown encendió su linterna y comenzó a inspeccionar el área. La linterna de Ángel seguía allí, junto a la llave inglesa. Pero cuando Brown iluminó las paredes, notó algo que Laura no había visto antes: pequeñas marcas, como si alguien hubiera pasado sus manos por el polvo.

—Mira esto —dijo, llamando la atención de Ryan.

—Parecen movimientos recientes —comentó Ryan—. Alguien estuvo aquí después del jefe de mantenimiento.

Laura cruzó los brazos, intentando calmar los escalofríos que recorrían su espalda.

—Esto no tiene sentido. Yo fui la última que estuvo aquí, desde entonces nadie debería haber estado aquí.

—¿Qué hay del personal del *resort*? —preguntó Brown, mirando a Laura, aparentemente ajeno a la a las palabras de la directora del hotel—. ¿Han informado algo extraño?

Laura respiró profundamente antes de responder.

—Muchos han comentado cosas... ruidos inexplicables, herramientas movidas, luces que parpadean en áreas donde no hay nadie. Pensamos que era el estrés, pero ahora ya no estoy tan segura.

Los agentes compartieron otra mirada antes de que Ryan hablara.

—Es posible que haya alguien aquí. Alguien que no quiere que estén trabajando en este lugar. No parece un accidente ni una serie de eventos aleatorios. Todo esto es deliberado.

Después de terminar la inspección, los agentes regresaron al vestíbulo con Laura, donde el equipo principal del *resort* los esperaba. No solo estaban Mike y Clara, también Sam, Martin y Eva esperaban con expresiones de incertidumbre. Ryan dio un paso al frente, con una decisión clara en su tono.

Laura presentó a los policías a los recién llegados y, después, los agentes de la ley tomaron el mando.

—Después de lo que hemos encontrado, nuestra conclusión es que hay alguien aquí que representa un peligro real para todos. Vamos a pedir que todo el personal no esencial abandone el *resort* por ahora. Solo se quedarán los que puedan ayudarnos a entender lo que está pasando.

La noticia generó un murmullo entre el grupo.

Mike cruzó los brazos y rodó los ojos.

—Esto no tiene sentido. ¿Por qué evacuar a todos cuando no sabemos qué o quién está detrás de esto?

—Porque mantenerlos aquí solo pone más vidas en riesgo —respondió el agente Brown con firmeza—. Si no controlamos la situación, podríamos lamentar más pérdidas.

Laura asintió, reconociendo la gravedad de la decisión.

—Está bien. Por el momento, seguiremos las instrucciones de la policía. El personal puede regresar a sus casas. Solo nos quedaremos los que podamos ayudar a resolver esto.

El grupo comenzó a prepararse para despedirse de los trabajadores. Mientras los demás evacuaban, Laura, Mike, Clara, Sam, Martin y Eva se reunieron en una de las salas más seguras del *resort*, junto con los dos policías. La sensación de aislamiento era palpable, pero sabían que tenían que trabajar juntos si querían sobrevivir.

En algún lugar del *resort*, en las sombras más profundas, el reponedor observaba cómo su territorio se reducía. La presencia de los policías no era una amenaza; para él, era un desafío. Aunque el número de posibles presas se había reducido a medida que fue pasando el día, eso hacía que la cacería fuera más interesante.

Los trabajadores que no se quedaban fueron terminando las tareas que tenían a medias y después abandonaron el *resort* en un proceso que se alargó casi todo el día.

Las últimas luces de los coches desaparecieron por el camino de entrada al Crystal Resort. El sonido de los motores se desvaneció en la distancia, dejando atrás un inquietante silencio que envolvía el lugar como una densa niebla. Las

áreas en construcción estaban oscuras, los ecos de las herramientas y las voces humanas habían cesado, y el edificio parecía contener la respiración, como si también esperara lo que vendría.

En el ala oeste, entre las sombras profundas de un almacén sin terminar, el Daniel Creek se mantuvo inmóvil, observando por una ventana cubierta de polvo las luces que se alejaban. Sus ojos quemados, aunque deformes, parecían seguir cada movimiento con precisión, cada coche que desaparecía era una pieza más de su territorio recuperado. No tenía prisa. Su paciencia era tan inmensa como su ira, había esperado mucho tiempo para que llegara una ocasión como aquella. Y, además, sabía que los que se quedaban en su dominio serían suficientes para lo que planeaba.

Movió su inmenso cuerpo con una torpeza calculada, pasando entre estanterías y herramientas oxidadas que parecían inclinarse ligeramente hacia él, como si también lo reconocieran como el verdadero dueño de aquel espacio. Sus manos ásperas y malformadas se cerraron sobre una llave inglesa olvidada en el suelo, y la sostuvo como si evaluara su peso. El objeto era insignificante por sí mismo, pero en sus manos se convertía en algo más: una arma... una extensión de su rabia.

Mientras se desplazaba en silencio por los pasillos oscuros, sus pies dejaban huellas en el polvo, marcas pesadas que parecían arañar el suelo. El reponedor no necesitaba mapas ni planos del *resort*. Las paredes que lo rodeaban eran una parte de él, recuerdos fusionados con ladrillos y cemento. Sabía dónde estaban todos los puntos débiles, las trampas naturales que el diseño había creado y que él podía usar a su favor.

Se detuvo en una bifurcación del pasillo, frente a una puerta que conducía a la sala principal donde los pocos sobrevivientes se habían reunido. Se quedó quieto, escuchando. Dentro de la sala se oían murmullos, susurros de nerviosismo y pequeñas discusiones sobre qué hacer a continuación. Reconocía esos sonidos, ecos del pasado, de aquella noche en el centro comercial años atrás, cuando había cazado a otros invasores. Las risas nerviosas y las voces aterradas eran un eco de los recuerdos grabados en su mente.

Daniel cerró los ojos por un instante, y la escena se reprodujo en su mente: los gritos, los pasos apresurados sobre el linóleo, el olor a quemado mezclado con sangre. Ese lugar, ese momento, era la única conexión que aún tenía con lo que

había sido. Ahora estaba aquí, en este *resort* que habían osado construir sobre las ruinas de su hogar, y él iba a asegurarse de que su historia se repitiera.

Con una lentitud deliberada, dejó caer la llave inglesa al suelo. El sonido metálico reverberó por los pasillos vacíos como un grito ahogado, viajando hasta la sala donde los demás se encontraban. Unos segundos después, recogió el objeto con una calma aterradora, sabiendo que el eco había sido suficiente para sembrar la semilla de la inquietud. Todos sus movimientos eran calculados.

Se agachó junto a una serie de herramientas que los trabajadores habían dejado atrás: martillos, sierras, cintas métricas y ese largo etcétera al que ya se había acostumbrado. Las eligió con cuidado, probando su resistencia, asegurándose de que cumplirían su propósito. Las colocó estratégicamente por el área, un ritual que mezclaba precisión con una brutalidad casi animal. Su intención era clara: cercarlos, dividirlos y terminar lo que había comenzado años atrás.

Mientras el *resort* volvía a sumirse en el silencio, el reponedor se desvaneció nuevamente en las sombras, dejando solo las herramientas colocadas en posiciones inquietantes, como señales de advertencia que nadie entendería hasta que fuera demasiado tarde.

El Crystal Resort, en toda su opulencia, era ahora un campo de caza y el reponedor estaba listo para convertirse en el cazador.

Sam Brooks intentaba aliviar la tensión. Su energía juvenil y su naturaleza optimista lo convertían en el único foco de alivio en medio del caos.

—¿Alguien más se siente como si estuviera en una película de terror barata? —bromeó, aunque su tono no ocultaba del todo el miedo que lo consumía. Sin embargo, sus palabras lograron arrancar una sonrisa de Martin Reed, el recepcionista.

—Más bien de las caras —respondió Martin, apoyando su espalda contra la pared mientras jugaba con una pequeña botella de agua en su mano—. Aunque preferiría estar fuera del reparto.

Eva Harper, quien hasta ese momento había permanecido en silencio, se levantó y caminó hacia el centro de la sala, mirando a todos con una expresión severa.

—¿Podemos dejar de fingir que esto es un chiste? Esto no es una película. Es nuestra vida, y alguien la está poniendo en peligro. Necesitamos soluciones.

Martin rodó los ojos, pero Sam asintió rápidamente.

—Tienes razón —murmuró—. Pero... no sé qué podemos hacer. Parece que no importa lo que intentemos.

El agente Ryan observaba desde la esquina, evaluando la dinámica del grupo. Aunque llevaba años en la fuerza policial, pocas veces se había enfrentado algo tan desconcertante. Su compañero, el agente Brown, estaba apoyado contra una mesa, revisando algunos papeles, pero su expresión era distante, casi ausente.

Finalmente, fue Ryan quien se dirigió al grupo.

—Mi compañero y yo vamos a inspeccionar el ala oeste de nuevo. Parece ser que es el lugar en el que está ocurriendo todo. Necesitamos buscar pistas sobre lo que está pasando.

—Yo debería ir con ustedes —intervino Laura, la responsabilidad por su cargo en el hotel y por esconder la muerte de Paul la había llevado a dar un paso adelante.

—No, no, no —contestó Brown—. Sabemos dónde debemos ir y qué debemos hacer, aunque necesitemos su ayuda, lo más seguro es que permanezcan aquí.

Los dos policías hicieron ademán de abandonar la sala, pero Laura se adelantó y los detuvo cogiéndolos por los brazos.

—Déjenme que vaya con ustedes.

Ellos intercambiaron una mirada.

—Lo necesito —apuntó ella en voz baja para que solo los policías pudieran escucharla.

Volvieron a mirarse y, finalmente, fue Brown el que habló.

—Está bien, pero hará lo que nosotros le digamos, ¿de acuerdo?

Laura asintió.

Y sin más, abandonaron la sala y a sus compañeros, muchos de ellos preguntándose porque debían permanecer allí mientras otros se habían podido ir.

La inspección comenzó con Laura, Ryan y Brown adentrándose en el ala oeste, mientras los demás permanecían en la sala principal. El pasillo, iluminado solo por las linternas de los agentes, parecía más oscuro que antes, como si la noche hubiera decidido apoderarse del *resort*. Cada paso resonaba con un eco inquietante, y el aire parecía volverse más pesado a medida que avanzaban. El ambiente ya no era solo aterrador, sino sobrenatural.

Llegaron al almacén donde Laura había encontrado la linterna de Ángel. Los agentes se detuvieron frente a la puerta, y Ryan se giró hacia Laura.

—Si hay algo aquí, lo encontraremos —dijo, intentando calmarla.

Brown empujó la puerta con cautela, y las linternas iluminaron el interior... Fue entonces cuando lo vieron.

El cuerpo de Ángel estaba crucificado contra la pared, clavado con destornilladores que atravesaban sus muñecas y tobillos, su rostro congelado en una mueca de agonía. La sangre había manchado la pared detrás de él, creando un patrón macabro que se asemejaba a unas alas de color parduzco.

Laura retrocedió, llevando una mano a su boca para ahogar un grito y contener una arcada. Ryan se quedó inmóvil, procesando la escena antes de acercarse lentamente.

—Esto no es solo un asesinato... —murmuró—. Esto es un mensaje.

Brown parecía menos afectado, pero su mirada se endureció.

—Lo mismo que en el Crystal Mall —dijo con voz baja, casi como si hablara consigo mismo.

Ryan giró hacia él, sorprendido.

—¿Qué has dicho?

—Lo investigué —respondió Brown—. Hace unos años. Las muertes en el centro comercial fueron brutales. Pero hubo algo en cómo se llevaron a cabo... algo teatral. El asesino no solo quería matar. Quería causar miedo. Esto es lo mismo.

Ryan asintió, sus pensamientos corriendo rápidamente.

—Entonces sabe que estamos aquí. Y nos está cazando.

Cuando Laura, Ryan y Brown regresaron a la sala principal, sus rostros fueron como un presagio oscuro para los demás. Sam, sentado cerca de la puerta con las rodillas apretadas contra el pecho, fue el primero en notar su expresión. Se incorporó rápidamente, su nerviosismo era evidente en el temblor de sus manos.

—¿Qué pasó? ¿Encontraron algo? —preguntó con un todo de voz entre el miedo y la esperanza.

Los ojos de Laura evitaron los de Sam mientras miraba al suelo, luchando por encontrar las palabras correctas. Fue el agente Ryan quien dio un paso adelante, su rostro endurecido por la gravedad del momento.

—Encontramos a Ángel —dijo con voz directa pero calmada—. Está muerto.

Un silencio espeso cayó sobre el grupo, como si las palabras hubieran absorbido todo el oxígeno de la sala. Sam parpadeó varias veces, como si tratara de procesar lo que acababa de oír. Martin, que estaba apoyado contra una de las paredes con los brazos cruzados, dejó caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con una mezcla de incredulidad y resignación.

—Sabía que esto iba a terminar mal —murmuró, casi para sí mismo.

Eva, quien hasta ese momento había estado intentando mantener un semblante frío, dejó escapar un leve jadeo. Caminó hacia una de las mesas cercanas, apoyando ambas manos sobre ella mientras bajaba la cabeza.

—¿Cómo? —preguntó, con un tono que mezclaba incredulidad y rabia contenida.

El agente Brown respondió esta vez, con un tono más brusco, estaba claro que no quería dar detalles sobre lo que acababan de ver, pero tampoco quería engañar a ese grupo de personas.

—Su cuerpo estaba clavado a una pared en el ala oeste. No fue un accidente. Esto fue planeado.

Las palabras de Brown resonaron en los oídos de Clara, quien se llevó una mano al pecho, intentando calmar los latidos desbocados de su corazón.

—Dios mío... —susurró—. Esto no es normal. Esto... esto no puede estar pasando.

Ryan miró al grupo, evaluando cada reacción. Sabía que la tensión estaba al límite, y que el miedo comenzaría a dividirlos si no tomaba el control.

—Escuchen —comenzó, con un tono que exigía atención—. Estamos enfrentándonos a alguien peligroso. Ángel no fue asesinado por casualidad. Esto es personal para el asesino. Está claro que no quiere que estemos aquí.

Laura alzó la mirada, reuniendo el coraje que le quedaba.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Cómo se supone que enfrentamos algo así?

Antes de que Ryan pudiera responder, Brown intervino.

—No nos vamos a ninguna parte —dijo con tono cortante—. Tenemos que quedarnos aquí hasta que llegue el resto del equipo policial. Hay demasiadas preguntas que responder y demasiadas cosas que debemos entender antes de que esto se nos escape de las manos.

Martin dejó escapar una risa amarga desde su rincón.

—¿Quedarnos aquí? Genial idea. Estoy seguro de que Ángel también pensó que era buena idea quedarse.

—¡Cállate! —exclamó Eva, girándose hacia él con furia—. ¿Crees que bromear ayuda en algo? ¡Esto no es un juego, Martin!

—¿Y qué se supone que quieres que haga? —replicó Martin, alzando las manos—. ¿Ponerme a llorar? Porque eso tampoco va a cambiar nada.

—¡Basta! —los interrumpió Ryan con un tono autoritario—. Este no es el momento de peleas internas. Si no trabajamos juntos, estaremos todos en la misma situación que Ángel.

Sam, quien había permanecido en silencio, finalmente encontró su voz para poder decir:

—Si el asesino está aquí... ¿no deberíamos salir? ¿No es más seguro simplemente irnos?

Brown negó con la cabeza.

—No podemos abandonar la escena. Si salimos ahora, perdemos cualquier oportunidad de atraparlo. Además, no tenemos garantía de que todos lleguen a salvo fuera del *resort*. —Los demás observaron con incredulidad—. Además, si se trata de quién sospecho, seguro que ya lo ha preparado todo para convertir este lugar en una trampa mortal para cada uno de nosotros.

—¿Sabe de quién se trata? —preguntó Eva desconcertada—. ¡Pues deténgalo!

—No es tan sencillo... —prosiguió Brown con una voz muy calmada teniendo en cuenta lo que estaba sucediendo—. Supuestamente es alguien que murió aquí hace cuatro años. —Todos sin excepción permanecieron en silencio, a la espera de que Brown le diera más información—. Se trata de... Daniel Creek.

Todos exhalaban aire y se quedaron mudos. Aunque no se vieran implicados en la desgracia de lo que había sucedido, habían escuchado hablar de ella en la prensa y ese nombre no les era extraño.

—Pero, ¿no estaba muerto? —preguntó Martin.

—Por eso he dicho que no es tan sencillo —contestó Brown—. Nunca se halló el cadáver, aunque las chicas que sobrevivieron aseguraron que lo habían visto quemarse y caer desde gran altura. Sin embargo, es la única explicación posible a lo que está sucediendo aquí, para él no es más que una continuación de aquella noche.

Clara, aún temblando, finalmente habló con un tono que apenas era un susurro:

—Entonces, ¿qué hacemos mientras tanto? ¿Solo esperamos y rezamos para que el próximo no sea uno de nosotros?

Ryan la miró, luego al resto del grupo, sus ojos mostrando más humanidad de lo que su voz transmitía.

—No. No vamos a sentarnos a esperar. Pero sí necesitamos mantenernos unidos, organizar nuestro próximo movimiento, y estar preparados para cuando llegue el resto de mi equipo... y por lo que pueda suceder entretanto. No puedo asegurar que sea fácil, pero les prometo que haremos todo lo que esté en nuestras manos para sacarlos de esto.

Laura respiró hondo, mirando a cada uno de los presentes. Sabía que el miedo los estaba llevando al borde del pánico, pero también sabía que dependían de ella para seguir adelante.

—Bien —dijo finalmente, recuperando algo de su autoridad habitual—, entonces hacemos lo que dice el agente Ryan. Nos quedamos juntos. Nos organizamos. Y nos aseguramos de que este lugar esté lo más seguro posible mientras esperamos.

El grupo asintió lentamente, aunque las dudas seguían reflejándose en sus rostros. A medida que las luces parpadeaban levemente en el techo, como un presagio de lo que estaba por venir, Sam se acercó a Martin, susurrando para que solo él lo escuchara.

—¿Crees que podremos salir de esta?

Martin lo miró durante un instante y lo que asustó a Sam fue que su habitual sarcasmo estaba ausente por primera vez.

—No lo sé, chico. Pero voy a intentarlo.

Ajeno a la conversación y a los planes del grupo, en las sombras del ala oeste, Daniel Creek seguía moviéndose en silencio, ajustando sus herramientas, preparando sus trampas. Sabía que estaban allí, y sabía que el tiempo jugaba a su favor. Ellos eran los intrusos, y él, el cazador.

6

El Crystal Resort parecía más inquietante a medida que avanzaba la noche. Cada sombra proyectada por las luces parpadeantes parecía alargarse más de lo normal, como si el edificio estuviera conspirando con las tinieblas para atrapar a los que aún permanecían en su interior. La atmósfera era pesada, cargada de silencios que únicamente se rompían con el crujir de alguna viga o el eco de pasos nerviosos.

El grupo se había replegado en el salón principal, una de las pocas zonas completamente terminadas del *resort*. Aunque era amplia y decorada con opulencia, no lograba esconder la creciente sensación de amenaza que se cernía sobre ellos.

Ryan y Brown estaban sentados en una de las mesas centrales. Ryan repasaba mentalmente lo que sabía, mientras Brown, aparentemente tranquilo, revisaba algunos documentos que había sacado de su mochila. Pero esa calma era una máscara. Brown parecía más distante de lo habitual, sus gestos mecánicos, como si estuviera luchando contra algo que no quería compartir.

—¿Estás bien? —preguntó Ryan, su tono más bajo para que los demás no escucharan.

Brown levantó la vista, sus ojos delataban un ligero cansancio.

—¿Qué crees tú? Estamos atrapados aquí, con un loco que nos acecha, y nadie sabe qué demonios está pasando.

—Eso no responde mi pregunta —insistió Ryan, observándolo de cerca.

Brown suspiró, dejando los papeles sobre la mesa.

—Esto me recuerda demasiado a Crystal Mall —murmuró, casi en un susurro—. Estuve aquí, ¿sabes? Hace años. Yo era uno de los agentes asignados al caso.

Ryan lo miró con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—¿Y por qué no lo dijiste antes?

Brown apartó la mirada.

—¿De qué habría servido? Nadie lo entendió entonces, y nadie lo entiende ahora. Todos pensaron que era solo otro loco con sed de sangre, pero había algo más en ese lugar. Algo que todavía no puedo explicar.

Ryan asintió lentamente, procesando la información.

—¿Crees que esto está conectado?

—No lo creo. Lo sé —respondió Brown, tajante—. El patrón es el mismo. Las muertes no son solo asesinatos. Son... rituales. Este tipo quiere causar terror, no solo matar. Está jugando con nosotros.

Mientras tanto, en otra parte del *resort*, Daniel Creek se movía entre las sombras, silencioso pero imparable. Cada herramienta que tocaba se convertía en un arma potencial, cada esquina del edificio, en una trampa esperando activarse. No necesitaba luz para orientarse; el *resort* era su territorio, un espacio que conocía mejor que nadie.

Se detuvo frente a una sala de herramientas abandonada y, con movimientos deliberados, comenzó a reorganizar los objetos. Un martillo oxidado, un alicate y una sierra circular quedaron estratégicamente colocados. Su trabajo no era solo funcional, sino también simbólico: cada disposición era una advertencia, una declaración de su dominio.

En el salón principal, el grupo debatía qué hacer a continuación. Eva, de pie junto a una de las ventanas, cruzaba los brazos mientras observaba cómo los árboles se mecían bajo el viento.

—No podemos quedarnos aquí sin hacer nada —dijo con tono firme—. Nos están cazando. Lo sabemos todos.

—¿Y qué sugieres? ¿Salir y enfrentarte directamente? —replicó Martin, su sarcasmo habitual había vuelto, pero teñido de miedo—. Porque tengo que decirte que suena como una idea genial.

—Cállate, Martin —espetó Laura con dureza. Luego miró a Ryan—: ¿Cuál es el plan? ¿Seguimos esperando?

Antes de que Ryan pudiera responder, Brown se levantó.

—Deberíamos volver al ala oeste. Revisar el almacén donde encontraron el cuerpo de Paul. Puede que se nos haya pasado algo.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Clara con voz temblorosa.

Brown la miró directamente.

—No tenemos otra opción. Si seguimos aquí encerrados, será aún peor.

Ryan dudó, pero finalmente asintió.

—Está bien. Tú y yo iremos. Los demás se quedan aquí. —Laura quiso intervenir, pero Ryan añadió—: Sin discusión.

Los dos policías salieron del salón, dejando al grupo inmerso en un silencio tenso. Mientras avanzaban por los pasillos, la sensación de ser observados era casi palpable. Ryan intentó mantenerse concentrado, pero no podía ignorar el creciente malestar en su pecho.

—Tengo un mal presentimiento —dijo en voz baja.

Brown asintió, pero no dijo nada. Finalmente, llegaron al almacén. Ryan encendió su linterna, iluminando las herramientas abandonadas y las paredes desnudas.

—Tú revisa este lado. Yo revisaré el otro —dijo, señalando el área opuesta.

Brown comenzó a moverse por la sala, inspeccionando cada rincón. De repente, un sonido metálico resonó detrás de él. Giró rápidamente, apuntando con su linterna, pero no vio nada.

—¿Ryan? —llamó con voz firme pero tensa.

No hubo respuesta.

Brown avanzó lentamente hacia el origen del sonido, su linterna temblando ligeramente en su mano. Fue entonces cuando lo vio: una estantería inclinada precariamente, sus herramientas oscilando como si estuvieran a punto de caer. Antes de que pudiera reaccionar, una sombra enorme se abalanzó sobre él. La fuerza del impacto lo empujó contra la estantería, activando el mecanismo que Creek había preparado. Las herramientas cayeron como en una avalancha, aplastándolo con una brutalidad que solo podía describirse como calculada.

Ryan llegó corriendo al escuchar el estruendo, pero era demasiado tarde. Lo único que encontró fue el cuerpo inerte de su compañero bajo un montón de herramientas ensangrentadas. Instintivamente se agachó para comprobar las constantes vitales de Brown, pero no había señal alguna de vida en su cuerpo.

Su mandíbula se tensó mientras una mezcla de rabia y culpa se apoderaba de él.

—Maldita sea... —murmuró, levantando la mirada como si pudiera ver al asesino acechando en algún lugar de las sombras.

El policía respiró profundamente mientras contemplaba el cuerpo de su compañero, aplastado bajo un montón de herramientas ensangrentadas. Su mandíbula estaba tensa, sus ojos fijos en el desastre que tenía frente a él, pero no tenía tiempo para lamentaciones. El asesino estaba cerca; lo había sentido, casi había escuchado su respiración entre las sombras. Su mente trabajaba rápido, buscando la manera de sacar a los demás antes de que el reponedor pudiera reclamarlos también.

—Esto no puede seguir así... —murmuró, aunque sabía que nadie estaba allí para escucharlo. Sacó su linterna y enfocó el pasillo oscuro, buscando cualquier signo de movimiento. Pero las sombras permanecieron inmóviles, como si esperaran.

Se inclinó hacia el cuerpo de Brown por última vez, cerrando los ojos de su compañero con una mezcla de rabia y respeto.

—Lo siento —susurró, antes de levantarse y salir corriendo del almacén.

Al llegar al salón principal, su respiración era pesada, su rostro marcado por una mezcla de furia y determinación. Todos los ojos se dirigieron hacia él de inmediato, sobre todo por el hecho de regresar solo, pero no había lugar para preguntas. Ryan alzó la voz con autoridad, una urgencia que era imposible ignorar.

—¡Tenemos que salir de aquí ahora mismo! Nadie más va a morir en este lugar.

Todos los demás intercambiaron miradas, algunos llenas de miedo, otras de confusión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laura, aunque en el fondo ya sabía la respuesta.

—Brown está muerto —respondió Ryan con dureza—. El asesino lo atrapó, y vendrá a por nosotros. No podemos quedarnos aquí ni un segundo más.

—Antes has dicho que no...

—Ya sé lo que he dicho antes —respondió cortante Ryan, interrumpiendo las palabras de la directora del hotel—. Pero la situación ha cambiado.

Eva se levantó rápidamente, asintiendo.

—Estoy de acuerdo. No hay razón para quedarnos. Larguémonos de aquí.

—¿Y qué pasa con la policía? —preguntó Martin, casi desafiante—. ¿No se suponía que íbamos a esperar al resto del equipo para actuar?

—No hay tiempo —replicó Ryan—. Si no nos movemos ahora, no quedará nadie que espere a la caballería.

Al otro lado del *resort*, Daniel Creek iba un paso adelante. Había escuchado cada palabra de Ryan desde la distancia, había sentido la urgencia en su voz, la desesperación en sus gestos. Sus presas estaban asustadas, y él no iba a dejar que escaparan tan fácilmente, quería saborearlas cuando todavía estaban tiernas.

Se movía con precisión, como si cada esquina y cada pasillo fueran parte de un mapa que solo él entendía. Las puertas principales del *resort*, altas y elegantes, eran su objetivo ahora. Con fuerza sobrehumana, comenzó a manipular las cerraduras, bloqueando cada salida con herramientas que los trabajadores habían dejado atrás. Destornilladores atravesaron bisagras, cadenas oxidadas se cerraron sobre manillas, y vigas improvisadas sellaron los accesos. En menos de veinte minutos, había convertido el Crystal Resort en una prisión... y él era el alcaide.

El reponedor, satisfecho con su trabajo, se detuvo frente a una de las puertas bloqueadas, observando las marcas que sus manos habían dejado en el metal. Su mueca desfigurada se torció en algo parecido a una sonrisa. Esto no era solo su territorio; ahora también era su coto de caza privado

Antes de desaparecer nuevamente entre las sombras, dejó una llave inglesa tirada en el suelo frente a una de las puertas, un gesto deliberado que parecía casi burlón.

De vuelta en el salón, el grupo comenzó a prepararse para abandonar el resort. Laura lideraba la marcha junto a Ryan, mientras Sam ayudaba a Clara, que temblaba visiblemente, a mantener la calma. Martin y Eva seguían detrás, cada uno perdido en sus propios pensamientos sobre lo que podrían encontrar afuera.

Cuando llegaron a las puertas principales, Ryan tomó la delantera, empujando con fuerza. Pero la puerta ni siquiera se movió. Confundido, inspeccionó la cerradura, solo para descubrir los destornilladores clavados y la cadena envuelta alrededor de la manilla.

—¿Qué demonios es esto? —murmuró, más para sí mismo que para los demás.

Probó otra puerta cercana, pero estaba igualmente bloqueada. Sus ojos se movieron rápidamente por el área, buscando una salida alternativa, pero el resultado era el mismo: todas las puertas estaban selladas.

Laura, al ver el pánico en los ojos de Ryan, se acercó rápidamente.

—¿Qué pasa? —preguntó, aunque la respuesta ya era evidente.

—No podemos salir —respondió Ryan en voz baja pero cargada de frustración—. Nos ha atrapado.

El grupo comenzó a murmurar, mientras el miedo se extendía entre ellos como un virus.

Eva fue la primera en alzar la voz:

—¡Esto no puede estar pasando! ¡No podemos quedarnos aquí como animales enjaulados!

Sam miró a Ryan con el rostro pálido pero con una determinación inesperada.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Ryan miró a cada uno de ellos, respirando profundamente antes de responder:

—Nos movemos. Encontramos otra forma de salir. Pero nadie se separa. Y nadie entra en pánico. Es lo que él quiere.

7

El Crystal Resort, que alguna vez prometió ser un paraíso de lujo, ahora era un lugar desprovisto de esperanza. Las sombras parecían consumir las luces restantes, y el aire estaba cargado de un silencio opresivo que no permitía a los sobrevivientes bajar la guardia. El grupo estaba reunido en el salón principal, un espacio que cada vez se sentía menos seguro.

Clara Morales estaba sentada en una silla cercana a la ventana, mirando hacia afuera con los ojos vidriosos. El tiempo que habían pasado atrapados en el *resort* la había llevado al límite, y no podía dejar de pensar en las imágenes del cuerpo de Paul ni en la forma en que Ángel había sido crucificado en la pared. Por primera vez en años, sentía que su intuición le fallaba, que no podía proteger a nadie, ni siquiera a sí misma.

Sam Brooks, sentado a su lado, intentaba con torpeza aliviar su preocupación.

—Clara, vamos a salir de aquí —dijo en voz baja, pero sus palabras parecían perderse antes de llegar a ella, se notaba que aquella era una mentira que ni tan solo él se creía.

Clara giró lentamente hacia él, con los ojos llenos de una mezcla de desesperación y culpa.

—Chico, no sé si puedo creer eso. No sé si alguien puede.

Eva Harper estaba de pie cerca de la puerta, observando al grupo con una expresión severa.

—Necesitamos mantenernos fuertes —dijo, su tono firme—. Si nos quebramos ahora, le damos exactamente lo que quiere.

Martin Reed, quien había estado inspeccionando las herramientas que tenían a su disposición, dejó escapar una risa amarga.

—¿Mantenernos fuertes? ¿Y eso cómo nos va a ayudar si nos encuentra? ¿Vamos a golpearlo con una linterna?

—¡Al menos haz algo útil! —le espetó Eva, mirándolo con dureza—. En lugar de quejarte todo el tiempo, usa esa cabeza tuya para ayudarnos a pensar en una salida.

Ante aquel espectáculo que solo hacía que minar las esperanzas de todos y debilitarlos como grupo, Laura intervino con firmeza:

—Basta. Si seguimos peleándonos entre nosotros, será mucho más fácil para él acabar con nosotros.

Ryan, que había estado revisando un plano del *resort* que había encontrado en uno de los cajones, finalmente alzó la voz:

—Escuchad, hay algo que necesito que entiendan. Este asesino no es simplemente alguien que mata por matar. Lo que hemos visto, cómo coloca los cuerpos... está jugando con nosotros. Está probando cuánto podemos soportar antes de quebrarnos.

Laura se acercó a él, con las manos cruzadas sobre su pecho.

—¿Qué quieres decir exactamente?

Ryan respiró hondo antes de responder:

—La forma en que bloqueó las puertas, cómo dejó esa llave inglesa como si fuera un mensaje... Esto no es accidental. Esto es su territorio, y nosotros somos las intrusiones. Nos está cazando porque quiere que sintamos su presencia, que sepamos que no tenemos salida.

Sam, quien había estado escuchando con atención, finalmente preguntó:

—¿Y entonces qué hacemos?

—Primero, necesitamos movernos —afirmó Ryan—: No podemos quedarnos aquí todo el tiempo. Necesitamos explorar otras áreas del *resort* y buscar una salida que no esté bloqueada.

Siguiendo el consejo de Ryan, el grupo se dividió en parejas para buscar soluciones en diferentes áreas del *resort*. Aunque la decisión estaba llena de incertidumbre, el creciente aislamiento en el salón principal les dejaba pocas opciones. Estar atrapados en un solo lugar significaba que eran blancos fáciles si el asesino decidía atacar de nuevo.

Laura y Ryan se quedaron revisando los planos en el salón principal, buscando cualquier acceso escondido en las zonas de construcción que no estuviera bloqueado. Mientras tanto, Clara y Sam se dirigieron a los pasillos cercanos para examinar ventanas o posibles puntos débiles en las paredes. Eva y Martin, con sus personalidades opuestas chocando, fueron a la cocina con el propósito de reunir herramientas útiles y provisiones.

Clara y Sam caminaron por los pasillos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. La linterna en la mano de Sam proyectaba sombras extrañas sobre las paredes desnudas, sombras que a veces parecían moverse por cuenta propia. Clara intentaba mantenerse concentrada, pero los recuerdos de las escenas macabras que había presenciado la asaltaban sin cesar.

—Clara —dijo Sam, rompiendo el silencio—. ¿Crees que hay alguna forma de salir de aquí?

Clara respiró profundamente antes de responder:

—No lo sé. Pero no podemos rendirnos. No ahora.

Mientras avanzaban, llegaron a una ventana parcialmente cubierta por escombros. Sam trató de empujar el marco, pero estaba sellado firmemente. Clara lo ayudó, pero incluso juntos no lograron moverlo.

—Por supuesto —murmuró Clara con amargura—. Este sitio parece haberse conchabado con él, no habrá nada que nos facilite las cosas.

Un ruido repentino hizo que ambos giraran rápidamente. Era como el sonido de pasos arrastrándose sobre el suelo. Sam apuntó su linterna hacia el pasillo detrás de ellos, pero no vio nada.

—¿Lo oíste? —preguntó con voz temblorosa.

Clara asintió agarró el brazo de Sam instintivamente y tiró de él.

—Vayámonos. No debemos quedarnos aquí.

La cocina del Crystal Resort, aunque diseñada para el lujo, estaba envuelta en la misma sensación opresiva que el resto del edificio. Eva se movía con precisión, inspeccionando cada rincón en busca de algo útil, mientras Martin hacía todo lo posible por no pensar en lo que podría estar esperando en las sombras.

—Esto es inútil —dijo Martin, rompiendo el silencio—. Estamos perdiendo el tiempo buscando cuchillos y latas de comida cuando deberíamos estar buscando una manera de salir.

—¿Crees que salir corriendo por los pasillos sería más inteligente?— replicó Eva, sin apartar la mirada de su búsqueda—. Si lo haces, seguro que no llegas muy lejos.

Martin la miró con evidente frustración.

—¿Y qué se supone que quieres que hagamos entonces? ¿Sentarnos aquí y esperar a ver quién es el próximo?

Antes de que Eva pudiera responder, un ruido metálico interrumpió su discusión. Ambas linternas iluminaron la esquina donde una estantería había caído, pero no había nadie visible.

—¿Viste algo? —preguntó Martin con un tono de pánico mal disimulado.

—No... pero lo escuché —respondió Eva, tomando un cuchillo grande de la encimera—. Quédate detrás de mí y no hagas ruido.

Avanzaron lentamente hacia la estantería caída, pero antes de que pudieran acercarse, alguien emergió de las sombras con una brutalidad inesperada. Era Daniel Creek. Su figura descomunal y desfigurada parecía llenar todo el espacio, y el martillo oxidado en su mano brillaba con el reflejo de las linternas.

Martin retrocedió rápidamente, tropezando con una mesa mientras intentaba escapar.

—¡Corre! —gritó, pero el reponedor estuvo sobre él en segundos.

El golpe fue rápido y contundente, y Martin cayó al suelo, su cuerpo permaneció inmóvil mientras la sangre comenzaba a extenderse por las baldosas.

Eva soltó un grito desgarrador, intentando mantener la distancia mientras sostenía el cuchillo con ambas manos. El reponedor avanzó hacia ella con pasos pesados y una sonrisa torcida como si disfrutara del miedo en sus ojos. Eva se movió hacia la puerta lateral, pero el asesino ya estaba demasiado cerca. Con un último esfuerzo, lanzó el cuchillo hacia él, y aunque el arma lo rozó, no logró detenerlo.

Sin embargo, le dio tiempo para que lograra escapar por la puerta lateral, dejando atrás la cocina y el cuerpo de Martin. Sus lágrimas caían mientras corría de vuelta al salón principal, incapaz de borrar la imagen de lo que acababa de presenciar.

Eva regresó al salón principal, jadeando y con el rostro marcado por el horror. Laura corrió hacia ella, mientras Ryan se levantaba de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Laura, sosteniéndola por los hombros.

—Martin está muerto —dijo Eva entre sollozos y su voz quebrada—. Nos atacó en la cocina. No pude hacer nada...

Ryan se acercó, colocando una mano firme pero reconfortante sobre el hombro de Eva.

—No fue tu culpa. Pero esto confirma algo: él nos quiere separados. Eso lo hace más fácil para él.

Laura los miró con determinación.

—Entonces no nos separaremos más —dijo finalmente con firmeza—. A partir de ahora, nos movemos juntos. Todos. No le daremos más ventaja.

Mientras la paranoia comenzaba a asentarse y las sombras del *resort* parecían cobrar vida, el grupo entendió que cada decisión que tomaran sería crítica. El reponedor ya había cobrado otra víctima, y ellos eran los siguientes.

En el corazón oscuro del ala oeste, donde la luz nunca llegaba, el reponedor permanecía inmóvil, sus hombros descomunales alzándose y cayendo lentamente con cada respiración. Había vuelto a su refugio tras la cacería, un rincón apartado del *resort* donde las sombras eran su único compañero y el polvo cubría las paredes como si el tiempo se hubiera congelado.

Con un movimiento pausado, se inclinó para recoger el martillo que había utilizado en la cocina. Sus dedos ásperos recorrieron la superficie oxidada, como un artesano admirando su herramienta favorita. Lo sostuvo un instante, girándolo entre sus manos, antes de dejarlo caer al suelo con un ruido metálico que resonó en el silencio. Estaba satisfecho. Esa sensación se extendía por su cuerpo como un veneno dulce, alimentando el fuego que ardía en su interior.

Mientras tanto, en su mente, las escenas de la noche giraban en un bucle caótico: el sonido del cráneo de Martin rompiéndose bajo el peso del martillo, el eco de los pasos apresurados de Eva al escapar, la desesperación que emanaba de todos ellos como una sinfonía discordante. Todo era perfecto. Todo estaba yendo exactamente como deseaba.

Con lentitud, caminó hacia un viejo espejo inclinado contra una de las paredes. Su reflejo era un recuerdo distorsionado de lo que alguna vez había sido: el rostro quemado y desfigurado apenas mostraba vestigios de humanidad. Pero él no buscaba humanidad en su reflejo. Observaba sus ojos oscuros, hundidos, que ahora brillaban con una satisfacción fría. Había tomado el control, y esta vez no dejaría escapar a sus presas. No como antes.

Extendió su mano hacia el espejo, tocando con sus dedos la superficie agrietada. La imagen se retorció y deformaba bajo su contacto, como si incluso el cristal rechazara su presencia. Pero eso no importaba. Él era parte de este lugar, de sus paredes, de sus sombras. Era el único dueño legítimo del *resort*, y lo defendería hasta el último aliento de los intrusos.

Caminó lentamente hacia la puerta más cercana, con sus pasos resonando como un metrónomo en la penumbra. Comenzó a reforzar una de las barricadas que había construido para evitar que escaparan, ajustando una viga de metal con la fuerza de una bestia salvaje. A cada golpe que daba, su sonrisa torcida se ensanchaba. El *resort* era una jaula perfecta, y ellos, sus presas, estaban encerrados en su interior.

Desde lo profundo del edificio, dejó escapar un ruido gutural, un sonido que era una mezcla de risa y gruñido. Su voz áspera reverberó a través de los pasillos vacíos, como una advertencia muda para los que aún respiraban. No había más escape. No había más esperanza. Esta vez, el juego terminaría según sus reglas. Y él, el reponedor, se aseguraría de que nadie las rompiera.

8

La atmósfera del Crystal Resort se sentía cada vez más pesada, como si el aire estuviera impregnado de desesperación. El grupo, ahora reducido y visiblemente agotado, se había refugiado nuevamente en el salón principal tras los recientes ataques. Cada conversación, cada movimiento, llevaba la huella del miedo. Pero en medio de la incertidumbre, una decisión comenzó a tomar forma: tenían que enfrentarse al reponedor.

Eva Harper, aún afectada por la muerte de Martin, fue la primera en romper el silencio que se había apoderado del grupo. Se puso de pie con determinación, su voz firme pero cargada de rabia contenida.

—No podemos seguir así. Si nos quedamos esperando, él vendrá a por nosotros, uno por uno. Necesitamos un plan.

—¿Un plan para qué? —preguntó Sam con voz insegura—. ¿Para enfrentarnos a él? ¿Cómo se supone que hacemos eso? Somos como ratones en las garras de un gato... y menudo gato.

—Debemos usar este lugar en nuestra ventaja, como hace él —dijo Eva—. El *resort* está lleno de herramientas. Podríamos construir una trampa y atraerlo hacia ella.

Ryan, quien había estado escuchando desde un rincón, se acercó lentamente, sus ojos mostrando una mezcla de curiosidad y aprobación.

—Parece una locura, pero eso podría funcionar —dijo—. Pero necesitamos algo lo suficientemente fuerte para detenerlo. Él no es solo un asesino. Es una fuerza. Cada trampa que hagamos debe ser precisa.

Laura asintió, tomando la iniciativa.

—Entonces lo hacemos. Nos quedamos juntos y usamos todo lo que tenemos para luchar.

El grupo comenzó a organizarse rápidamente, dividiéndose las tareas para construir la trampa. Usaron herramientas que habían encontrado en las áreas de construcción. El grupo trabajaba en silencio tenso, concentrado en su objetivo

mientras el reloj avanzaba sin piedad. La sensación de peligro inminente los obligaba a moverse rápido, como si cada minuto que pasaban sin completar la trampa significara perder otra vida. Aunque el aire estaba cargado de miedo, también se sentía una determinación común: si iban a morir, no sería sin luchar.

Ryan lideraba los esfuerzos con la precisión que le daba su experiencia. Su voz calmada, aunque firme, era una guía para el grupo.

—Necesitamos fortalecer este punto —dijo, señalando un área en el plano del *resort* donde planeaban acorralar al reponedor—. Aquí es donde lo atraparemos. Usaremos estos soportes metálicos para bloquear cualquier salida una vez que entre.

Eva, con su ingenio práctico, estaba inspeccionando las herramientas que habían conseguido. Colocaba cables resistentes y ajustaba pequeñas trampas secundarias que podían ralentizar al asesino si intentaba escapar. Su concentración era total, pero en su interior seguía resonando el eco del ataque en la cocina y la visión del cuerpo de Martin tendido sobre un charco de su propia sangre. Apretó los dientes, enfocándose en el trabajo.

—Si esto funciona, lo dejaremos sin opciones. ¿Quién tiene más alambre?

—Yo —exclamó Sam, acercándose con un rollo de alambre en las manos. A pesar de su juventud y aparente ingenuidad inicial, el chico había demostrado ser rápido para adaptarse. Sus manos trabajaban con habilidad, ajustando los cables bajo la guía de Eva—. ¿Esto debería estar más ajustado? —preguntó, mirando a la chef.

—No, está perfecto —respondió ella, sorprendida por su capacidad para mantener la calma—. Buen trabajo.

Laura, por su parte, se encargaba de reforzar la estructura del área de la trampa. Usaba vigas de madera y piezas metálicas para improvisar barreras que podrían servir de protección para el grupo. Su rostro mostraba su cansancio, pero sus movimientos eran firmes. Cada golpe del martillo que daba parecía ser una declaración contra el asesino que los había estado persiguiendo.

—¿Cuánto más necesitáis? —preguntó mientras clavaba una última viga en su lugar.

—No mucho —respondió Ryan, ajustando un cable que conectaba a un detonador improvisado hecho con pintura inflamable—. Una vez que esté aquí

dentro, activaremos esto, pero necesitamos que el área esté completamente cerrada.

Clara, aunque visiblemente nerviosa, ayudaba a colocar barreras en las entradas cercanas para asegurarse de que el reponedor no tuviera escapatoria. Cada movimiento que hacía era torpe, como si sus propias manos temblaran demasiado para obedecerle. Pero no dejó de trabajar, luchando contra el pánico que amenazaba con consumirla.

—Decidme que esto va a funcionar —murmuró con voz suplicante.

—Funcionará —dijo Laura, aunque el peso de sus palabras era más esperanza que certeza—. No tenemos otra opción.

Con la trampa lista, el grupo se reunió en el punto designado para coordinar los últimos detalles. Todos sabían que lo que estaban a punto de hacer era extremadamente peligroso, pero no había tiempo para dudar.

—Aquí está el plan —dijo Ryan, señalando el centro del área en el plano—. Laura lo atraerá hacia aquí. Una vez que cruce este punto, activaremos el sistema para encerrarlo. Nadie se separa, ¿entendido?

El grupo asintió en silencio. Eva colocó una mano sobre el hombro de Laura.

—Sé cuidadosa —le pidió con voz seria pero con camaradería—. No podemos permitirnos perderte.

Laura no respondió, solo asintió, apretando los labios mientras trataba de controlar la adrenalina que le corría por las venas. Tomó una linterna y una barra metálica antes de salir al pasillo. La oscuridad la envolvió rápidamente, y cada paso que daba parecía eco de su propia respiración.

—Vamos —murmuró para sí misma—. Ven a por mí.

El pasillo estaba impregnado de ese silencio aterrador que solo se sentía cuando algo acechaba. Laura sabía que él estaba cerca. Lo sentía en el aire, en el peso casi tangible que había aprendido a asociar con su presencia. Giró en una esquina y apuntó su linterna hacia adelante, llamando al asesino.

—¡Aquí estoy! —gritó, rompiendo el silencio con su voz—. ¿Esto es lo que querías? ¡Entonces ven a por mí!

El ruido metálico que le respondió fue como una carcajada. De repente, casi como una aparición, la sombra del reponedor emergió al final del pasillo, descomunal y amenazante. Laura no esperó. Retrocedió rápidamente, guiándolo hacia la trampa. Cada paso que daba estaba calculado, cada respiración medida. Sabía que no podía cometer ningún error.

El reponedor la seguía con movimientos pesados pero sorprendentemente rápidos. Su martillo golpeaba las paredes a su paso, creando un sonido ensordecedor que resonaba en todo el *resort*. Laura corría ahora, su linterna tambaleándose mientras alcanzaba la entrada del área designada.

—¡Ahora! —exclamó al llegar al punto acordado.

Ryan, Eva y Sam respondieron al unísono. Activaron los mecanismos que habían preparado, cerrando las salidas con vigas de metal y cables que bloqueaban el camino del asesino. El reponedor se detuvo por un momento, evaluando la situación. Sus ojos desfigurados recorrieron la trampa, como si no entendiera lo que habían hecho... pero no se rindió.

Con una fuerza descomunal, comenzó a golpear las barreras con su martillo, astillando la madera y doblando el metal. Cada golpe resonaba como un tambor de guerra, y el grupo se dio cuenta de que su plan no estaba funcionando tan bien como habían esperado. Fue entonces cuando Clara, superando su propio miedo, dio un paso al frente.

—¡No! —gritó Ryan, tratando de detenerla, pero Clara ya estaba en movimiento.

Con una barra de metal en las manos, Clara cargó hacia el reponedor a través de los límites de su trampa, para golpearlo con todas sus fuerzas.

—¡No vas a ganar esta vez! —gritó, mientras el asesino se tambaleaba ligeramente por el impacto.

El reponedor, enfurecido, se giró hacia ella con movimientos rápidos y brutales. En un instante, alargó sus descomunales brazos a través de cables y vigas, levantó su martillo y lo dejó caer sobre Clara, quien no tuvo tiempo de reaccionar. Su cuerpo cayó al suelo, inmóvil, mientras el grupo observaba con horror.

El sacrificio de Clara no fue en vano. Su ataque logró desviar al reponedor hacia el mecanismo central de la trampa. Eva, con lágrimas corriendo por su

rostro, activó la última parte del sistema, cerrando finalmente al asesino en el área designada.

El grupo permanecía inmóvil frente al área de la trampa, con la respiración pesada y el miedo impregnado en sus rostros. Los golpes del reponedor contra las barreras resonaban como el ritmo de un reloj maldito, marcando el tiempo que les quedaba antes de que la bestia rompiera su prisión temporal. Cada golpe parecía más fuerte que el anterior, como si el asesino estuviera alimentándose de su propia furia.

Ryan, apoyado contra una pared mientras repasaba el plano del *resort* con la mirada, sintió cómo la presión se acumulaba en su pecho. Era un hombre acostumbrado a los desafíos, pero este era diferente. Este era más personal, más visceral. Recordó las imágenes de Crystal Mall, los cuerpos que encontró, las vidas que se perdieron por no haber actuado rápido. Miró a los supervivientes: Sam, Eva y Laura. Sabía que no podía fallarles.

Sam, de pie junto a Laura, parecía más maduro que nunca. La ingenuidad que había mostrado inicialmente había desaparecido por completo, reemplazada por una mirada decidida.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó, su voz firme—. No podemos simplemente esperar a que salga.

Laura giró hacia él, sus ojos llenos de culpa y determinación. Había liderado a este grupo hacia el desastre, y sabía que no todos iban a salir vivos. Pero no podía permitir que esa carga la paralizara.

—Ryan tiene razón —dijo con voz firme aunque quebrada—. Tenemos que idear un plan definitivo. Algo que lo detenga para siempre.

Eva, aunque afectada por la pérdida de Clara y Martin, se negó a sucumbir al pánico. Su mente trabajaba rápidamente, buscando una solución mientras caminaba de un lado a otro del salón.

—¿Y si usamos las latas de pintura inflamable? Podríamos crear una explosión lo suficientemente grande para eliminarlo.

Ryan miró a Eva, asintiendo lentamente.

—Es posible. Pero necesitamos asegurarnos de que la explosión no nos alcance a nosotros. Si queremos que esto funcione, alguien tendrá que encargarse de activar el mecanismo desde dentro.

—Yo lo haré —dijo Laura, sin dudar. Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera siquiera pensarlas, pero no había espacio para arrepentimientos.

—No —dijo Ryan de inmediato, girándose hacia ella—. No puedo dejar que lo hagas. Ya has arriesgado demasiado. Además, yo soy la autoridad aquí y...

—Esto no es una elección, Ryan —lo interrumpió Laura con voz firme—. Es una responsabilidad. Yo los traje aquí, y soy la única que puede arreglar esto. Nadie más debería cargar con eso.

Sam dio un paso hacia Laura, su voz quebrándose ligeramente.

—Pero... ¿y si hay otra manera? ¿No podemos pensar en algo más?

Laura lo miró, colocando una mano sobre su hombro.

—Lo que estás haciendo, Sam, es increíble. Has demostrado más coraje que cualquiera de nosotros. Pero ahora necesitas quedarte con ellos. Necesitas sobrevivir.

El grupo cayó en un silencio pesado, cada uno luchando con sus propios pensamientos. En ese momento, un estruendo más fuerte resonó desde el área de la trampa. Las barreras estaban comenzando a ceder, dobladas por la fuerza inhumana del reponedor. Eva miró hacia Ryan, su expresión dejaba claro que no había tiempo para más dudas.

—Necesitamos actuar ahora —dijo Ryan, cerrando el plano con un movimiento decidido—. No podemos esperar más.

Laura dio un paso adelante, mirando al grupo por última vez.

—Esto terminará aquí —dijo—. Nos aseguraremos de que nadie más sufra por él.

Mientras las luces del resort parpadeaban una vez más, como un latido del edificio que se resistía a ceder, el grupo sabía que estaba en el punto crítico de su lucha. Y aunque no todos iban a salir de allí con vida, estaban decididos a intentar lo imposible.

9

El Crystal Resort, que alguna vez fue concebido como un refugio de lujo, ahora estaba al borde del colapso. Las paredes del salón principal parecían estremecerse con cada golpe que el reponedor daba contra las barreras de la trampa. El eco metálico recorría los pasillos, recordándoles que el tiempo estaba en su contra. El grupo sabía que habían ganado poco más que un respiro y que el asesino pronto los alcanzaría de nuevo.

Sam Brooks se había convertido en una figura clave para el grupo, aunque apenas se daba cuenta de ello. Su juventud, inicialmente vista como una desventaja, había demostrado ser su mayor fortaleza: no había perdido la capacidad de improvisar ni la voluntad de creer en una salida. Mientras los demás estaban atrapados en sus miedos, Sam usaba cada momento para pensar, planificar, y trabajar hacia algo concreto.

Eva, mientras ajustaba las herramientas restantes en el salón principal, se giró hacia Sam y lo observó durante un momento.

—No sé cómo lo haces para seguir adelante —dijo con su voz cargada de honestidad—. Después de todo lo que hemos vivido.

Sam, quien estaba reparando una conexión entre dos cables, levantó la mirada con una ligera sonrisa.

—No puedo permitirme no hacerlo —respondió—. Mi madre siempre me dice que cuando te enfrentas a algo imposible, lo único que puedes hacer es seguir intentándolo.

Eva asintió, reconociendo en él una fuerza que ella misma había olvidado que tenía.

—Lo que sea que estés haciendo, no lo detengas. Nos va a salvar.

Mientras el grupo trabajaba en una última estrategia, Laura estaba en silencio, observando cada uno de los movimientos de los demás. Había liderado este proyecto desde el principio, y aunque había esperado que fuera su oportunidad de éxito, ahora lo veía como el peso que había puesto sobre todos ellos. La culpa era una sombra que no podía ignorar, pero también era una fuerza que la empujaba a actuar.

Ryan, quien había estado controlando los golpes del reponedor en la trampa, se acercó a Laura.

—Está rompiendo las barreras más rápido de lo que pensábamos —dijo con seriedad—. Necesitamos activar el sistema de explosión antes de que salga.

Laura lo miró, sus ojos mostraban una mezcla de determinación y resignación.

—Lo haré yo.

—No —respondió Ryan inmediatamente—. No puedo permitirte eso. Hemos llegado hasta aquí juntos. No tienes que hacerlo sola.

Ella lo observó con una lánguida sonrisa en los labios.

—Ya lo hemos hablado y mi decisión es definitiva: es mi responsabilidad —replicó Laura con tono firme pero amable—. Yo los traje aquí. Yo tomé las decisiones que nos llevaron hasta esta situación. Si hay alguien que debe quedarse atrás, soy yo.

Ryan intentó insistir una vez más, pero la mirada de Laura era inquebrantable.

Finalmente, se resignó y asintió.

—Si lo haces, asegúrate de que sea rápido. No le des oportunidad de reaccionar.

Ryan observaba el plano con atención, su mirada calculaba cada detalle mientras intentaba encontrar otra ventaja que pudieran usar.

—Esto no lo va a detener por mucho tiempo —murmuró, alzando la vista hacia Laura—. Si se libera, será peor que antes. Ya está enfurecido.

Laura asintió, apoyando las manos sobre la mesa como si tratara de sostener el peso que llevaba sobre sus hombros.

—Lo sé —respondió—. Pero no podemos seguir huyendo. Tenemos que actuar antes de que se libere.

Sam, sentado a un lado, miraba con atención el improvisado sistema de cables y detonadores que habían instalado. Su rostro juvenil mostraba una seriedad inusual.

—¿Qué pasa si no funciona? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Entonces, ninguno de nosotros sale de aquí —respondió Eva desde el otro extremo de la sala, mientras ajustaba las últimas herramientas. Sus manos trabajaban con precisión, pero había una tensión evidente en cada movimiento.

El silencio se hizo palpable, roto solo por un nuevo golpe ensordecedor desde el área de la trampa. Ryan dio un paso adelante, señalando a todos.

—No hay margen de error —dijo con un tono grave—. Si el plan falla, nuestro siguiente movimiento debe ser inmediato. Nos movemos juntos. Nadie se separa.

Casi como si fuera el pistoletazo de salida de una carrera, el siguiente golpe que dio el reponedor fue diferente. Más fuerte. Más ensordecedor. El grupo giró instintivamente hacia el pasillo que conducía al área de la trampa con todos sus ojos llenos de temor.

Eva fue la primera en hablar, su voz quebrada:

—Eso no ha sonado bien.

Ryan tomó una linterna y caminó hacia la entrada con la mandíbula apretada.

—Quedaos aquí —ordenó a los demás.

Pero antes de que pudiera avanzar, un estruendo final resonó, seguido por el sonido de algo pesado cayendo al suelo.

Y, entonces, el reponedor apareció.

La enorme figura desfigurada emergió del pasillo con pasos pesados, su martillo oxidado colgando de su mano como una extensión de su cuerpo. Los restos de las barreras estaban destrozados detrás de él, como si nunca hubieran sido más que papel. Su mirada, oscura y vacía, recorrió al grupo con una intensidad que helaba la sangre.

—¡Corred, insensatos! —gritó Laura, levantándose rápidamente.

Pero el reponedor ya se movía mientras sus pasos resonaban como el preludio de una tormenta.

El grupo intentó retroceder hacia el salón, pero el reponedor fue más rápido. Su objetivo estaba claro, como si hubiera elegido a su próxima víctima con precisión quirúrgica. Eva, que estaba más cerca de la salida, se giró para enfrentarlo con una barra metálica en las manos. Sus movimientos eran rápidos, decididos, pero no fueron suficientes.

Con un solo golpe de su martillo, el reponedor desarmó a Eva, haciéndola retroceder contra la pared. Antes de que pudiera moverse, la atrapó con una fuerza inhumana, levantándola del suelo como si fuera una muñeca de trapo. Los demás observaron con horror, sus gritos ahogados por el miedo.

—¡Déjala! —gritó Sam, dando un paso hacia adelante, pero Ryan lo detuvo, agarrándolo con fuerza por el brazo.

—No podemos ayudarla —dijo con los ojos llenos de rabia impotente—. No podemos.

El reponedor, mirando directamente a los ojos de su presa, levantó su martillo una vez más. El golpe que siguió fue brutal, visceral, y el sonido que produjo resonó por todo el *resort*. Cuando el asesino dejó caer el cuerpo de Eva al suelo, lo hizo con una deliberación que parecía un mensaje para los demás.

El cuerpo de Eva cayó al suelo con un sonido pesado que resonó en la sala. La sangre se extendió rápidamente alrededor de ella, formando un macabro espejo del martillo oxidado que el reponedor aún sostenía en su mano. La brutalidad de su muerte dejó al grupo paralizado. Sus ojos abiertos y fijos en el techo parecían acusar al mundo por dejarla caer en esa pesadilla. Era una advertencia viva, un mensaje del asesino: nadie escaparía.

Sam no pudo contenerse más. Dio un paso hacia Eva, pero Ryan lo detuvo nuevamente agarrándolo con fuerza.

—Ya no podemos hacer nada —dijo, aunque su voz temblaba—. Si nos quedamos, seremos los siguientes.

Sam se giró hacia Ryan con los ojos llenos de lágrimas y, con su voz quebrada por el dolor, exclamó:

—¡No podemos dejarla ahí! ¡Tenemos que hacer algo!

Laura, quien había permanecido en silencio mientras miraba la escena, finalmente habló. Su voz, aunque firme, estaba impregnada de una tristeza profunda.

—No hay tiempo, Sam. Eva nos dio una oportunidad. Si no la aprovechamos, su sacrificio habrá sido inútil.

El reponedor, satisfecho con su cacería, inclinó la cabeza hacia el grupo, como si los estuviera evaluando. Luego, comenzó a avanzar hacia ellos con pasos lentos, su figura descomunal llenando el espacio como una tormenta que no podía detenerse. Cada movimiento suyo parecía pesado, deliberado, como si estuviera disfrutando del caos que había desatado.

—¡Ahora! —exclamó Ryan, cogiendo a Sam mientras Laura lo seguía.

El grupo comenzó a retroceder hacia el pasillo opuesto, sus linternas parpadeaban mientras iluminaban apenas lo suficiente para guiar el camino. Pero el sonido de los pasos del reponedor, fuertes y constantes, los seguía como un eco macabro que no podían escapar.

El grupo llegó a una zona en construcción que aún estaba parcialmente cubierta de escombros. Era una especie de laberinto improvisado, con paredes incompletas y herramientas abandonadas dispersas por el suelo. Ryan, que había liderado el avance, levantó una mano para indicar que se detuvieran.

—Esto nos dará tiempo —dijo, aunque era evidente que incluso él dudaba de sus propias palabras.

Sam se dejó caer contra una pared cercana con su respiración acelerada mientras intentaba procesar lo que acababa de suceder.

—No puedo... no puedo creer que haya pasado —murmuró con su voz convertida en apenas un susurro—. No puedo...

Laura se agachó junto a él, colocando una mano sobre su rodilla.

—Sam —dijo con tono calmado pero firme—. Sé que esto es difícil. Sé que nada de esto parece tener sentido. Pero si nos rendimos ahora, entonces lo perderemos todo. Necesitamos tu ayuda. Todos necesitamos tu ayuda.

Ryan se acercó, su rostro endurecido por el agotamiento y la rabia.

—Esto se acaba ahora —dijo, mirando a Laura y luego a Sam—. No vamos a esperar más. No vamos a seguir huyendo. Vamos a enfrentarlo, y vamos a destruirlo.

Laura asintió lentamente, reuniendo toda la fuerza que le quedaba. Su mente aún estaba atrapada en la imagen de Eva, pero sabía que no podía dejar que esa visión la paralizara.

—Vamos a preparar la trampa final —dijo con determinación—. Esto tiene que terminar aquí.

Mientras el grupo discutía las últimas ideas para activar el mecanismo final, los ruidos del reponedor comenzaron a hacerse más cercanos. Cada sonido, desde el crujir de las herramientas abandonadas hasta los golpes en las paredes, parecía diseñado para recordarles que no tenían dónde esconderse. Incluso las sombras parecían moverse, como si el edificio mismo conspirara contra ellos.

Sam, recuperando algo de su fuerza, comenzó a trabajar en los cables que conectaban las latas de pintura inflamable con el detonador improvisado. Sus manos, aunque temblaban ligeramente, trabajaban con precisión.

—¿Esto está bien? —preguntó, dirigiéndose a Ryan.

—Perfecto —respondió el policía, colocando una mano sobre su hombro—. Eres increíble, chico.

Laura estaba inspeccionando el área del detonador, asegurándose de que todo estuviera listo para el último movimiento. Miró hacia el pasillo oscuro por el que el reponedor se estaba acercando, y sintió una mezcla de miedo y resolución. Sabía que no todos iban a salir vivos de ahí, pero estaba dispuesta a hacer lo necesario para que al menos uno de ellos lo lograra.

Ryan se giró hacia ella.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —preguntó con voz seria.

Laura lo miró directamente a los ojos.

—Sí... y estoy lista.

Mientras el grupo trabajaba en silencio, el sonido del reponedor se hacía más fuerte, más cercano. Sabían que esta sería su última oportunidad, y que cualquier error sería el fin. Pero estaban decididos. Porque aunque el *resort* estaba envuelto en oscuridad, cada uno de ellos llevaba dentro una pequeña chispa que aún luchaba por sobrevivir.

10

El Crystal Resort era ahora un escenario de pura desolación. Las áreas en construcción parecían haberse transformado en ruinas, cada rincón estaba lleno de sombras que se alargaban como manos invisibles intentando atrapar a los pocos sobrevivientes. Laura, Ryan y Sam permanecían juntos, agotados, pero con una resolución que ningún asesino podría romper. Sabían que este sería el momento final: el último movimiento para destruir al reponedor o sucumbir ante él.

El grupo había encontrado refugio en una pequeña sala de mantenimiento, donde los cables del detonador improvisado ya estaban preparados para generar la explosión final. Sam trabajaba rápidamente, ajustando las conexiones y asegurándose de que todo estuviera listo.

—Esto debería funcionar —dijo, su voz temblaba ligeramente—. Pero necesitamos asegurarnos de que él esté lo suficientemente cerca cuando lo activemos.

Ryan observaba el plano que aún sostenía, su mente repasaba cada posible movimiento del reponedor.

—Lo atraeremos hasta aquí —dijo finalmente, señalando la entrada principal de la sala—. Una vez que esté dentro, activaremos el sistema. —Hizo una pausa y miró a Laura—: ¿Estás lista?

—Sí, tranquilo, podéis confiar en mí —respondió ella con firmeza—. Esto no es solo por mí. Es por todos vosotros. Y es por todas las vidas que él ha tomado. Yo seré quien termine con esto.

Sam, aunque lleno de miedo, levantó la mirada hacia Laura.

—¿Estás segura? —preguntó una vez más el policía, su voz mostraba más preocupación que duda.

—Sí —afirmó Laura, colocando una mano sobre su hombro—. Tú has hecho todo lo que podías, ahora es mi turno.

Con el plan establecido, Laura se adentró en el pasillo que conducía hacia el reponedor. La linterna en su mano iluminaba apenas lo suficiente para mostrar los restos de escombros y herramientas abandonadas. Cada paso que daba era

como un tambor que marcaba el tiempo que le quedaba. Sabía que no habría otra oportunidad si fallaba.

Los sonidos que envolvían al reponedor se acercaban rápidamente: sus pasos, pesados y constantes, resonaban como un eco que llenaba todo el *resort*. Laura ajustó el encendedor en su mano, preparándose para el momento decisivo.

—Ven a por mí —murmuró para sí misma—. Ven y acabemos esto de una vez por todas, maldito diablo.

El asesino apareció al final del pasillo, su figura descomunal llenando el espacio como una tormenta. Su mirada, oscura y vacía, se fijó en Laura con una intensidad que helaba el aire. Sin dudar, comenzó a avanzar hacia ella con movimientos rápidos y brutales, su martillo levantándose como una amenaza constante.

Laura retrocedió hacia la entrada de la sala de mantenimiento, guiándolo con cada paso. Cuando llegó al punto acordado, giró rápidamente hacia Sam y Ryan y les dedicó una última sonrisa, para después avanzar hasta el punto acordado. No miró atrás, dejando a Ryan y Sam observándola como la heroína en la que se había convertido.

Sin miedo a aquel monstruo sobrehumano, Laura se mantuvo firme, permitió que la cogiera con ambas manos y le dedicó una sonrisa que, por primera, dejó desconcertado al asesino:

—¡Ya eres mío, hijo de puta! —exclamó satisfecha y encendió el mecanismo que activaba la trampa final para el reponedor.

El *resort* entero se estremeció con el impacto de la explosión. Las llamas se extendieron rápidamente por la sala de mantenimiento, envolviendo todo en su camino. El sonido ensordecedor llenó el aire, y los escombros comenzaron a caer mientras el fuego consumía la figura del asesino. Laura, aunque atrapada en el centro del caos, logró cumplir su objetivo: el reponedor fue completamente destruido.

Ryan y Sam lograron escapar de la zona de impacto, corriendo hacia las áreas más seguras del *resort*. Cuando finalmente se detuvieron, ambos miraron hacia las ruinas humeantes que habían dejado atrás. El silencio que siguió fue abrumador, pero estaba lleno de un extraño alivio. Habían sobrevivido.

Mientras el sol comenzaba a levantarse sobre las ruinas del Crystal Resort, Ryan y Sam emergieron del edificio, heridos pero vivos. Ambos miraron hacia el

horizonte, por el que se veían las luces de los servicios de emergencias y las sirenas ya llenaban el eco del lugar de la desgracia. A pesar de todo lo que estuviera por venir, interrogatorios, entrevistas, registros de pruebas... ambos eran conscientes de que nunca olvidarían lo que había sucedido allí.

—Ella hizo esto por nosotros —dijo Ryan, colocando una mano sobre el hombro de Sam—. Ahora tenemos que asegurarnos de que nadie vuelva aquí.

Sam, aunque lleno de dolor, asintió lentamente.

—Lo haremos —dijo—. Y jamás la olvidaremos.

El *resort*, que una vez prometió ser un santuario de lujo, ahora era solo un símbolo de la tragedia y el sacrificio. Pero mientras las sombras comenzaban a disiparse con la luz del día, una cosa quedó clara: de una vez por todas, el reponedor había sido derrotado.

El retorno del Reponedor

Escrito por Laia García, basado en el personaje de Francesc Marí

LASDAOALPLAY? Books — lasdaoalplay.com/books

Editado en Sant Joan Despí, junio 2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de dichos derechos podrá ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

lasdaoalplay.com